

**FET Y DE LAS JONS:**

**EL FRACASO NACIONALSINDICALISTA EN TENERIFE (1933-1942)**

**Trabajo realizado por M. Omar Izquierdo Arteaga**

**Dirigido por Pedro Bonoso González Pérez**

**RESUMEN**

Falange Española fue fundada como un partido fascista que pretendía implantar en España su doctrina nacionalsindicalista; tras su conversión en partido único de la dictadura de Francisco Franco, alcanzó sus mayores cotas de poder entre 1937 y 1945, aplicando en regiones como Tenerife un programa socioeconómico basado en principios autárquicos y totalitaristas, que acabaría fracasando por causas externas e internas.

**ABSTRACT**

Falange Española was founded as a fascist party to establish a national syndicalism State in Spain; after being turned into one-party of the Francoist dictatorship, Falangism reached its highest levels of power between 1937-1945, so implemented in Tenerife, as throughout Spain, a socioeconomic program based on autarky and totalitarian principles, which failed by external and internal reasons.

# **FET Y DE LAS JONS: EL FRACASO NACIONALSINDICALISTA EN TENERIFE (1933-1942)**

<b>1. ANTECEDENTES</b>	<b>p. 3</b>
<b>2. OBJETIVOS</b>	<b>p. 4</b>
<b>3. METODOLOGÍA</b>	<b>p. 6</b>
<b>4. RESULTADOS</b>	<b>p. 7</b>
<b>4.1. LA FALANGE IDEALIZADA Y LA FALANGE REALIZADA</b>	<b>p. 7</b>
<b>4.1.1. Antecedentes, ideología y proyecto político de Falange Española</b>	<b>p. 7</b>
<b>4.1.2. El contexto sociopolítico de Tenerife</b>	<b>p. 11</b>
<b>4.1.3. El falangismo tinerfeño: división, oportunismo y sumisión (1933-1937)</b>	<b>p. 14</b>
<b>4.1.4. El partido único y los poderes tradicionales (1937-1940)</b>	<b>p. 18</b>
<b>4.1.5. El ocaso del nacionalsindicalismo</b>	<b>p. 24</b>
<b>4.2. FET Y DE LAS JONS EN TENERIFE: ECONOMÍA</b>	<b>p. 27</b>
<b>4.2.1. La economía canaria del primer tercio del s. XX</b>	<b>p. 27</b>
<b>4.2.2. El proyecto económico de FET y de las JONS para Tenerife</b>	<b>p. 29</b>
<b>4.2.3. El sindicato vertical</b>	<b>p. 32</b>
<b>4.3. FET Y DE LAS JONS Y SU RELACIÓN CON LA SOCIEDAD TINERFEÑA</b>	<b>p. 35</b>
<b>4.3.1. Beneficencia y encuadramiento. Los mecanismos de control social</b>	<b>p. 36</b>
<b>4.3.2. La conquista de las masas: propaganda y simbología</b>	<b>p. 39</b>
<b>5. DISCUSIÓN</b>	<b>p. 43</b>
<b>6. CONCLUSIONES</b>	<b>p. 47</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>p. 49</b>

## 1. ANTECEDENTES

El avance historiográfico en el conocimiento acerca de FET y de las JONS experimentado en el ámbito estatal no ha tenido su réplica a nivel canario, donde el corpus bibliográfico sobre el partido único es exiguo y limitado a los trabajos de R. A. Guerra Palmero y S. González Vázquez. El primero aportó en 2007 una monografía<sup>1</sup> sobre Falange en el archipiélago, fruto de su investigación de documentación administrativa (correspondencia oficial, memorias, partes mensuales) relativa a la actividad falangista en las islas desde el final de la Guerra Civil hasta 1944, precisamente los años de mayor predominio político de la formación fascista; el trabajo de Guerra Palmero, complementario a uno preliminar de 2003<sup>2</sup>, es sin duda referencia en la materia, al tratarse del primero en abordar la dinámica interna de la organización, sus secciones y servicios, con especial atención a las disputas por obtener las mayores cotas posibles de poder entre las distintas corrientes que lo integraban. Respecto a González Vázquez, se cuenta con su contribución al Coloquio de Historia Canario-Americana del año 2000<sup>3</sup>, en el que presentó un recorrido por la evolución de Falange Española en la provincia de Santa Cruz de Tenerife desde su génesis en las islas de La Palma y Tenerife hasta 1939, basado en el análisis de artículos de la prensa falangista y de transcripciones de discursos de dirigentes, especialmente útil para reconstruir el proceso de conversión del pensamiento nacionalsindicalista desde una doctrina anticaciquil y revolucionaria a instrumento ideológico al servicio del régimen. El resto de trabajos sobre el tema son unos pocos artículos y/o colaboraciones en obras colectivas, donde ha sido abordado a escala local y con un enfoque muy específico. Se trata, por tanto, de un asunto para cuyo conocimiento aún se requiere de futuras investigaciones que quizá modifiquen algunos de los argumentos de las que se han realizado hasta ahora, por lo que las tesis que se exponen en este TFG deben ser interpretadas como aproximaciones a un objeto de estudio todavía pendiente de un análisis más diverso y profundo.

---

<sup>1</sup> Guerra Palmero, R. A. *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2007.

<sup>2</sup> Guerra Palmero, R. A. FET y de las JONS en Canarias en la década de 1940: Una primera aproximación. *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 2003, n.º 3 (dedicado a: Homenaje a Ángel Martínez de Velasco).

<sup>3</sup> González Vázquez, S. Falange Española en la provincia de Tenerife (1933-1939). En III Coloquio de Historia Canario-Americana - VIII Congreso Internacional de Historia de América (AEA). Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 2747-2770.

Dada la excepcionalidad de FET y de las JONS en la historiografía canaria, para encontrar su rastro hay que buscarla en obras que la mencionan colateralmente al tratar su papel en la Guerra Civil y la primera etapa de la dictadura de Francisco Franco, campos en los que Canarias tampoco ha seguido el ritmo del resto de regiones españolas, aunque sí cuenta ya con un volumen de publicaciones lo suficientemente consistente como para afirmar que determinados fenómenos como el levantamiento militar, la represión previa y posterior al conflicto bélico o la resistencia a la implantación del régimen franquista, entre otros, son bien conocidos. En este sentido, destaca el esfuerzo por aunar las vicisitudes de cada isla durante la contienda en la monografía de M. Á. Cabrera Acosta<sup>4</sup>, así como el progreso en el conocimiento del papel geoestratégico del archipiélago durante la Segunda Guerra Mundial de la mano de Juan José Díaz Benítez<sup>5</sup>. No obstante, cuestiones cruciales como la configuración institucional del nuevo Estado, el clientelismo o el poder municipal –que C. D. Aguiar García abordó parcialmente en su tesis doctoral<sup>6</sup>– requieren un mayor desarrollo, al igual que el aspecto económico de la autarquía y el Mando Económico de Canarias, este último con escasísimas aportaciones.

## 2. OBJETIVOS

Aparte del cumplimiento de los objetivos académicos y de aprendizaje contemplados en la normativa reguladora de la asignatura Trabajo de Fin de Grado del Grado en Historia, el objetivo principal de este documento, enmarcado dentro de la línea temática “Cambios sociales y políticos en Canarias en la época contemporánea”, es el análisis del contexto de aparición, la evolución y la función política y social del partido único de la dictadura de Francisco Franco, FET y de las JONS, desde su creación como Falange Española en 1933 hasta 1942. Debido a cuestiones de proximidad y a las limitaciones de espacio determinadas por las directrices de presentación de este trabajo, se ha puesto el foco del mismo sobre la isla de Tenerife; no obstante, las referencias al conjunto del archipiélago canario y al marco general del Estado son constantes a lo largo de los distintos epígrafes, no solo por la necesaria

---

<sup>4</sup> Cabrera Acosta, M.Á. *La Guerra Civil en Canarias*. San Cristóbal de La Laguna: Francisco Lemus, 2000.

<sup>5</sup> Díaz Benítez, J. J. *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2008.

<sup>6</sup> Aguiar García, C. D. *La provincia de Santa Cruz de Tenerife entre dos dictaduras: Hambre y orden*. (Tesis doctoral). Barcelona: Universidad de Barcelona, 2012.

contextualización que la explicación de los hechos históricos requiere, sino también porque buena parte de las circunstancias analizadas son extrapolables a los distintos ámbitos regionales, más teniendo en cuenta la centralización organizativa que caracteriza al objeto de estudio. En cuanto a la delimitación temporal, a pesar de que la historiografía utiliza convencionalmente el año 1945 como tope de la etapa nacionalsindicalista del Estado franquista por coincidencia con la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, aquí se ha elegido 1942 por considerarse una referencia temporal más ajustada para el caso tinerfeño, pues a la pérdida de poder experimentada por la familia falangista en la Administración estatal durante ese año, habría que sumar el cese de importantes dirigentes nacionalsindicalistas a escala insular y la instauración del Mando Económico de Canarias en 1941, circunstancias de las que se tratará más adelante y que, sin duda, adelantaron la finalización de la “etapa azul” que se produciría algo después en el conjunto del Estado.

La distribución del trabajo en tres grandes bloques responde al objetivo de reflexionar cómo se desarrolló FET y de las JONS en las tres vertientes de su misión como eje del Movimiento Nacional. En el primer epígrafe de los resultados, “La Falange idealizada y la Falange realizada”, esta expresión de la hispanista S. Ellwood sirve como punto de partida para evidenciar la distancia entre el proyecto fascista de Falange Española y su puesta en práctica ya como partido estatal, limitado y vaciado ideológicamente por la necesidad de conjugar en una misma estructura las aspiraciones, intereses y temores del Jefe del Estado y los pilares de su régimen (Ejército e Iglesia católica), más los de las distintas familias políticas del franquismo (carlistas, falangistas, monárquicos, etc.) y los de los sectores afines de la sociedad civil.

En el segundo epígrafe, “FET y de las JONS: economía”, se plantean las líneas maestras del programa económico del nacionalsindicalismo y sus problemas de ensamblaje con los mecanismos tradicionales de la economía canaria.

Por último, en el tercer epígrafe, “FET y de las JONS y su relación con la sociedad tinerfeña”, se reflexiona sobre la extensión al ámbito de lo social de la incapacidad falangista para hegemonizar políticamente el Estado, propiciado por el desprestigio de su organización, las estrategias erróneas de acercamiento a la población y las restricciones impuestas a su programa social.

### 3. METODOLOGÍA

A la hora de realizar el presente trabajo se ha optado por una metodología basada en la revisión bibliográfica de obras centradas en la primera etapa de la dictadura de Francisco Franco y, en particular, en el devenir de Falange Española / FET y de las JONS. La aproximación al contexto histórico se ha realizado a partir de la consulta de trabajos generales sobre la historia contemporánea de Canarias, como los de A. de Béthencourt Massieu y M. Á. Cabrera Acosta, así como la tesis doctoral de C. D. Aguiar García sobre la realidad socioeconómica de la provincia occidental entre los dos regímenes autoritarios del siglo XX español; paralelamente, se ha recurrido a la obra colectiva *España bajo el franquismo*, editada por J. Fontana, para la reconstrucción de los procesos de articulación política e institucionalización del Estado franquista, inicialmente inspirados en la doctrina nacionalsindicalista. La historia de Falange cuenta con una amplia bibliografía a nivel nacional, de la que se ha tomado como base las investigaciones de S. Ellwood y S.G. Payne, por considerarse, a juicio del autor, que junto a las de R.L. Chueca Rodríguez, son las más completas sobre la materia y las más distanciadas de la polarización ideológica que frecuentemente afecta a parte de la historiografía sobre este periodo de la historia de España; no obstante, todas las monografías examinadas adolecen de cierta linealidad en la explicación de los hechos, por lo que se ha hecho un esfuerzo por extraer y organizar la información siguiendo un orden cronológico, pero también por distribuirla en los bloques temáticos que estructuran este trabajo. Por su parte, para la reconstrucción de la historia del partido fascista en Tenerife han sido fundamentales las aportaciones de R. Guerra Palmero, de sobra el autor que más ha tratado el tema en el Archipiélago, utilizándose de forma complementaria diversos artículos de naturaleza más específica que se encuentran debidamente referenciados en la bibliografía. Puntualmente, se ha recurrido también a la lectura de algunas fuentes primarias (discursos, estatutos, leyes) producidos por Falange.

Cabe destacar que, por no tratarse del objeto de estudio de este TFG, a lo largo del mismo no se ha entrado en el debate historiográfico sobre la naturaleza política del régimen; sin embargo, al este adoptar en su fase de gestación la ideología nacionalsindicalista, se parte de la visión de un Estado, en esta primera etapa, de inspiración fascista/totalitaria, con todos los matices aplicables al fascismo español o nacionalsindicalismo que se señalarán en las próximas páginas.

## **4. RESULTADOS**

### **4.1. LA FALANGE IDEALIZADA Y LA FALANGE REALIZADA**

#### **4.1.1 Antecedentes, ideología y proyecto político de Falange Española**

El abordaje historiográfico del fascismo español remite inevitablemente a dos referentes: el antecedente germano-italiano y la obra de su principal ideólogo, José Antonio Primo de Rivera. En cuanto al primero, conviene indicar que, aunque las afinidades con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán son innegables, la traslación a España de las ideas totalitaristas del periodo de entreguerras se vio influida por las circunstancias sociopolíticas del país durante el primer tercio del siglo XX y por una compleja amalgama de principios heredados de la centuria anterior y sentimientos fraguados a partir de la crisis de 1898<sup>7</sup>. En cuanto al segundo referente, lo cierto es que antes de la irrupción en la escena pública de Primo de Rivera ya habían aparecido dos formaciones fascistas, muy minoritarias, en torno a las figuras de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo.

La agrupación de Ledesma Ramos articuló en 1931, en los albores de la proclamación de la Segunda República, las bases de lo que él denominó “nacionalsindicalismo”, una doctrina que pretendía trascender la bipolaridad entre liberalismo y marxismo mediante la configuración económica y política del Estado basada en el sindicalismo como catalizador de la vida pública. Del mismo modo, Redondo fundó en el mismo año, ya durante el Gobierno Provisional republicano, las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, con un ideario basado en el nacionalismo español –pues consideraban amenazada la unidad de España por los separatismos catalán y vasco– y en la ordenación de la sociedad a partir de la moral y los principios del conservadurismo católico. Las dos organizaciones, seducidas por el avance fascista de la década de 1930, convergieron y fundieron sus credos por razones de mera supervivencia económica en las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), añadiendo a las ideas expresadas la de la necesidad de una revolución socioeconómica que acabaría por imponer el control público de la riqueza nacional y la sindicación obligatoria como vía para dignificar a la clase obrera. Esta dignificación de los trabajadores nada tenía que ver con la reivindicada por los movimientos proletarios de

---

<sup>7</sup> Ellwood, S. *Prietas las filias: Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona: Crítica, 1984, p. 22.

la época, al contrario, pasaba por su encuadramiento forzoso, previa erradicación de cualquier atisbo de la lucha de clases marxista<sup>8</sup>.

El año 1932 y sus frustradas intentonas golpistas contra el Gobierno de Manuel Azaña pusieron de manifiesto que, por el momento, la alternativa radical y violenta contra las reformas del primer bienio republicano no contaba con una amplia base social, pues los simpatizantes de las derechas reaccionarias tenían depositadas sus esperanzas en la actuación parlamentaria de los partidos conservadores. Asimismo, el sindicato propuesto por las JONS era absolutamente incapaz de constituirse en rival de las asociaciones obreras de filiación anarquista o socialista; la languidez *jonsista* ante el contexto desfavorable se tornó en nuevos bríos con el cambio de año por diversas razones<sup>9</sup>: en febrero el Partido Nacionalsocialista alcanzaba el poder en Alemania, en España se empezaba a barruntar un cambio de tendencia favorable a las derechas tras la ruptura de la coalición republicana-socialista que había sustentado el gabinete de Azaña y en octubre, un mes antes de las elecciones generales de 1933, tenía lugar el acto fundacional de un nuevo partido político, Falange Española, cuyo líder, Primo de Rivera, compartía con las JONS su apuesta por el autoritarismo, el conservadurismo católico y el nacionalismo español, añadiendo al incipiente fascismo patrio la admiración por los valores castrenses de austeridad y jerarquía y la idea de recuperación del imperio perdido. Su propuesta de ordenación del Estado era aún vaga, limitándose a una visión de los elementos constituyentes de la sociedad como órganos funcionales, guiados por una élite intelectual mediante medios autoritarios<sup>10</sup>, en una versión ligeramente actualizada del fallido intento corporativista del padre del fundador, el dictador Miguel Primo de Rivera.

Las bases falangistas eran escasas: algunos universitarios radicalizados, conservadores descontentos con la CEDA, monárquicos oportunistas y los pocos miembros de la tentativa de partido único que fue la Unión Patriótica<sup>11</sup>; en consecuencia, los resultados electorales fueron malos, aunque suficientes para dar a José Antonio, integrado en una coalición monárquica, un escaño parlamentario al que accedió a pesar de su rechazo al sistema democrático. La derrota de las izquierdas en los comicios disminuyó considerablemente el atractivo proselitista de la extrema derecha,

---

<sup>8</sup> Ídem, p. 32.

<sup>9</sup> Ídem, p. 37.

<sup>10</sup> Payne, S. G. Falange: historia del fascismo español. Madrid: Sarpe, 1985, p. 59.

<sup>11</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 39.

lo que sumado al temor de las clases acomodadas a la violencia predicada por esta y a la represión gubernamental, puso al borde de la desaparición tanto a Falange Española como a las JONS debido a la falta de financiación; la salida natural de ambas era unirse: compartían los principios ya expuestos y se complementaban, pues Falange aportaba un líder carismático y con cierta influencia dada su condición de diputado y, a su vez, las JONS contribuían con su mayor estructura organizativa y propagandística y, sobre todo, con la teoría nacionalsindicalista de Ramiro Ledesma Ramos<sup>12</sup>; el resultado de la fusión (febrero de 1934) fue Falange y de las JONS (FE y de las JONS), liderada por un triunvirato integrado por José Antonio Primo de Rivera, Ledesma Ramos y, en ausencia de Onésimo Redondo (exiliado en Portugal por su participación en la Sanjurjada), Julio Ruiz de Alda, cofundador de Falange Española. Más allá de sus dirigentes, el partido era un erial desde el punto de vista intelectual, compuesto mayoritariamente por estudiantes que apenas alcanzaban la veintena y cuya afinidad con el todavía difuso corpus doctrinal del FE y de las JONS era el furibundo odio hacia las izquierdas y el ultranacionalismo español<sup>13</sup>.

El cambio en la consideración pública de Falange, de agrupación minoritaria de exaltados a amenaza fascista a la legalidad republicana, se produjo con la huelga revolucionaria de octubre de 1934. El Gobierno en minoría del Partido Republicano Radical presidido por Alejandro Lerroux hubo de incluir para su supervivencia a tres ministros de la conservadora CEDA, despertando una respuesta de las izquierdas en forma de manifestaciones, paros y, sobretodo, enfrentamientos con la autoridad, especialmente cruentos en Asturias y Cataluña; fue determinante para FE y de las JONS por varias razones<sup>14</sup>. La huelga coincidió con el primer consejo nacional de los falangistas, dando a este un sentido de urgencia política que Primo de Rivera aprovechó para asumir la jefatura absoluta del partido, argumentando la necesidad de una dirección firme, con un criterio único, para afrontar la acuciante situación que se vivía. José Antonio era, como diputado en Cortes, el único del triunvirato dirigente legitimado para ejercer de interlocutor con el Gobierno, al que ofreció la colaboración de sus seguidores en la supresión de la rebelión. Los jóvenes falangistas participaron de forma residual en la represión contra los huelguistas, pero se puso de manifiesto la predisposición de Falange a recurrir a la fuerza para erradicar cualquier forma de marxismo, iniciando una

---

<sup>12</sup> *Ídem*, p. 43

<sup>13</sup> Payne, *op. cit.*, pp. 101-102.

<sup>14</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 52.

estrategia de agitación del orden público y violencia callejera contra anarcosindicalistas y socialistas que llegaría su punto álgido en 1936.

Con el partido en sus manos, el ahora jefe nacional concretó su ideología en veintisiete puntos programáticos que se convertirían en el pilar ideológico de la dictadura de Francisco Franco a partir de 1937, al menos desde el punto de vista formal<sup>15</sup>. En ellos<sup>16</sup> se insistía en el nacionalismo español por las vías imperialista (*“Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio”*) y de lucha contra el separatismo (*“Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos”*), el rechazo al parlamentarismo (*“Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria”*, *“se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos”*) y la simbiosis entre conservadurismo católico e identidad española (*“Nuestro movimiento incorpora el sentido católico –de gloriosa tradición y predominante en España– a la reconstrucción nacional”*). En el plano económico, repudiaba el capitalismo porque *“deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación”*, así como el marxismo, que carecería de sentido porque el nuevo régimen *“hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica”*; por medio de esa totalidad orgánica se convertiría a España en *“un gigantesco sindicato de productores”*, organizado corporativamente en *“un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional”*. El punto 26 era claro sobre la estrategia a seguir para alcanzar todos estos objetivos: *“Falange Española y de las JONS quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la revolución nacional”*.

Las milicias formalmente instituidas por el Consejo Nacional de FE y de las JONS de 1934 protagonizaron desde su institución hasta el golpe de Estado de julio de 1936 innumerables altercados callejeros con las juventudes izquierdistas, lo que se tradujo en la clausura de locales, detención de numerosos dirigentes locales y provinciales y prohibición de actos públicos. Por medio de la estrategia de la violencia, Falange había ganado proyección pública e incluso un puñado de nuevos miembros insatisfechos con la inoperancia del Gobierno radical-cedista de Lerroux, pero

---

<sup>15</sup> Ídem, pp. 59-60.

<sup>16</sup> El programa de Falange Española de las JONS. ABC, 30 de noviembre de 1934, pp. 32-34.

continuaba siendo un grupo minoritario y progresivamente aislado por las formaciones de centro-derecha y derecha moderada, temerosas por las prácticas y la retórica fascista de su líder y seguidores. Por ello, José Antonio Primo de Rivera se vio en la obligación de buscar aliados electorales para las nuevas votaciones convocadas para febrero de 1936, sin conseguir coaligarse con ninguna de las alianzas que trataron sin éxito de imponerse al Frente Popular. El proyecto fascista fracasó estrepitosamente en las urnas, de manera que su subsistencia pasaba a depender de dos opciones: conseguir integrarse en un bloque político de fuerzas de derechas que la acogiera o que el sistema democrático y republicano fuera derrocado; sendas oportunidades se le presentaron a partir del 18 de julio de 1936<sup>17</sup>.

#### **4.1.2. El contexto sociopolítico en Tenerife**

El anuncio de la proclamación de la Segunda República española fue acogido entusiastamente por la clase obrera y la pequeña burguesía de la sociedad insular<sup>18</sup>, arremolinada en torno al Partido Republicano Tinerfeño, una agrupación ecléctica de burgueses y profesionales liberales de las Canarias occidentales que, más por su pasado de oposición republicana en tiempos monárquicos que por su ideología, se convirtió en el canal de transmisión de las reivindicaciones del movimiento obrero, enfocadas a la disminución de la dependencia del bloque de poder dominante en la isla, constituido por el cacicazgo de los terratenientes agrícolas. Las reclamaciones de los trabajadores tinerfeños no diferían en demasía de las del resto de españoles: incremento salarial y mejora de las condiciones de trabajo, reforma agraria, separación del Estado y la Iglesia católica y, por supuesto, libertad de asociación política y sindical para hacer frente común a las imposiciones clientelares de los caciques<sup>19</sup>.

El apoyo del movimiento obrero se materializó en una victoria contundente del Partido Republicano Tinerfeño en las elecciones generales de 1931, con cuatro escaños de los seis disponibles por la circunscripción de Santa Cruz de Tenerife; no obstante, las políticas implementadas por el ala conservadora de la formación burguesa reprodujeron

---

<sup>17</sup> Ellwood, *op. cit.*, pp. 68-71.

<sup>18</sup> Cabrera Acosta, M. A. La II República en las Canarias occidentales. El Hierro: Cabildo Insular de El Hierro, 1991, pp. 97-98.

<sup>19</sup> Aguiar García, C. D. La provincia de Santa Cruz de Tenerife entre dos dictaduras: Hambre y orden. (Tesis doctoral). Barcelona: Universidad de Barcelona, 2012, pp. 48-49.

en gran medida las prácticas del clientelismo caciquil, entre otras cosas por la acogida en sus filas de un buen número de sus responsables, de manera que muchos de los individuos que accedieron a cargos públicos en ayuntamientos o cabildos pertenecían a las mismas facciones terratenientes que habían ejercido ese poder durante el periodo constitucional del reinado de Alfonso XIII. El distanciamiento con el movimiento obrero se hizo inevitable, de manera que los enfrentamientos con este se sucedieron durante todo 1932 y 1933<sup>20</sup>, siendo exponentes destacados de estos la huelga de inquilinos de abril de 1933 o la de tabaqueros de junio del mismo año<sup>21</sup>.

Con el resultado de las elecciones generales de 1933 y el retroceso de las reformas republicano-socialistas, la conflictividad política y social se agravó y las posturas, tanto de derechas como de izquierdas, se comenzaron a radicalizar; los resultados electorales habían vuelto a otorgar la victoria al Partido Republicano Tinerfeño, definitivamente orientado a una política conservadora en consonancia con la del Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux y favorecedora de los intereses patronales durante todo el segundo bienio republicano<sup>22</sup>. La respuesta obrera cristalizó, al igual que en el marco nacional, en una tendencia a la unión auspiciada por las corrientes comunistas y socialistas del movimiento obrero de Tenerife, a la que se sumaron los anarcosindicalistas de la CNT, de gran ascendencia en los principales centros urbanos de la isla<sup>23</sup>, sin que el sentido del agrupamiento fuera tanto la lucha contra la amenaza fascista, más viva en el escenario peninsular, sino la recuperación de las instituciones republicanas de las manos de la derecha retrógrada, como evidencia la participación en este frente común de algunos miembros republicanos de la burguesía liberal<sup>24</sup>.

Conforme se iban aproximando los decisivos comicios de febrero de 1936, la conflictividad social y la inoperancia de las instituciones para contenerla, unidas a los movimientos para constituir un frente electoral de izquierdas, propiciaron el abandono masivo de afiliados del Partido Republicano Tinerfeño hacia Acción Popular Agraria, fundada en el proceso de reorganización de las derechas de 1932 con un programa

---

<sup>20</sup> Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J. El marco político e institucional (siglos XIX-XX). En Béthencourt Massieu (de), A. (ed.) *Historia de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 513-514.

<sup>21</sup> Aguiar García, *op. cit.*, p. 53.

<sup>22</sup> Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J., *op. cit.*, pp. 517-518.

<sup>23</sup> Aguiar García, *op. cit.*, p. 59.

<sup>24</sup> Cabrera Acosta, *op. cit.*, p. 549.

reaccionario más acorde con la línea de pensamiento de José María Gil-Robles que con la del partido de Lerroux<sup>25</sup>. El Frente Popular cosechó cuatro diputados, por los dos logrados por los agraristas, mientras que los republicanos tinerfeños confirmaron su desastre sin representación en Cortes. Durante los meses transcurridos entre la constitución del Gobierno del Frente Popular y el golpe de Estado de julio de 1936 se intensificaron las hostilidades debido a la crispación causada por una derecha cada vez más radicalizada y una izquierda que trataba de recuperar, cuanto antes y por la vía de la agitación social, los derechos perdidos en los últimos dos años<sup>26</sup>. El escenario político-social de Tenerife no difería gran cosa del conocido para el marco general del Estado, de forma que en la isla también se definieron dos bloques bien diferenciados, incluso antes del levantamiento militar<sup>27</sup>: de un lado, el conjunto de fuerzas tradicionalmente dominantes que se hallaban insertas en las estructuras de Acción Popular Agraria, el Partido Republicano Tinerfeño y otros partidos menores, así como en el órgano representativo de los terratenientes agrícolas (Asociación General de Agricultores), más los efectivos procedentes de la derecha fascizante de Falange Española, los monárquicos de Renovación Española y unos pocos tradicionalistas; en frente se encontraban fundamentalmente los grupos integrantes del Frente Popular, el movimiento obrero y los sindicalistas de ideología anarquista.

Es sabido que la resistencia al pronunciamiento fue escasa en Tenerife, posibilitando el acceso de los militares al poder sin mayor problema, por lo que no se puede hablar de la isla como escenario de guerra, lo cual no fue óbice para la represión desatada contra los apoyos del bloque de izquierdas, especialmente contra el movimiento obrero. Las represalias con sus conocidas manifestaciones (arrestos, confiscaciones, ejecuciones sumarias, etc.), fue dirigida por lo que quedaba del Partido Republicano Tinerfeño y ejecutada, como se verá más adelante, por Falange<sup>28</sup>; no fue casual que se encargara a la tradicionalmente dominante burguesía isleña el cometido de “pacificar” una inexistente retaguardia, dado su apoyo inmediato a la sublevación y su rápida colocación, junto a los mandos militares, en los puestos de poder de la Administración<sup>29</sup>.

---

<sup>25</sup> Ídem, pp. 555-556.

<sup>26</sup> Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J., *op. cit.*, p. 519.

<sup>27</sup> Aguiar García, *op. cit.*, p. 62.

<sup>28</sup> Ídem, pp. 63-64.

<sup>29</sup> Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J., *op. cit.*, pp. 520-521.

#### 4.1.3. El falangismo tinerfeño: división, oportunismo y sumisión (1933-1937)

La aparición de Falange Española en Tenerife se produjo en noviembre de 1933 de cara a las elecciones generales que habrían de celebrarse ese mismo mes en España; como en el resto de islas, el partido en aquel momento y prácticamente hasta el golpe de Estado de julio de 1936 era poco más que un conjunto disperso de grupúsculos por debajo de la veintena de miembros, la mayoría con un conocimiento pobre de la teoría nacionalsindicalista y sin ninguna relevancia en la política canaria<sup>30</sup>. La debilidad numérica de la formación no evitó que desde sus comienzos se fraccionara en dos bandos con distintos anhelos que, a la larga, se mostraron incompatibles. La facción mayoritaria se definía por su conservadurismo reaccionario, resumiéndose sus deseos en destruir el régimen republicano para restaurar el orden económico y social que lo antecedió; sus simpatizantes eran ciertos sectores de la jerarquía eclesiástica y, sobre todo, parte de la burguesía agroexportadora –en menor medida, de la comercial e industrial–, descontentos con el auge del movimiento obrero durante el primer bienio de la Segunda República española. El grupo minoritario, de ideología claramente fascista, estaba constituido básicamente por bachilleres y universitarios convencidos de la necesidad de defender los valores de propiedad y religión en que habían sido educados y que veían amenazados por los postulados republicanos; se trataba de fervientes seguidores de las tesis nacionalsindicalistas de Ramiro Ledesma Ramos, por lo que gustaban de emplear una retórica revolucionaria de dignificación del obrero y eliminación de la lucha de clases por medio de la liquidación de la oligarquía caciquil, considerada por ellos como la culpable de los males de la isla<sup>31</sup>.

El arraigo de Falange en Tenerife fue tan exiguo entre 1933 y febrero de 1936 que su devenir durante esos años es casi anecdótico; era una fuerza sin apenas implantación en Canarias a la que solo la radicalización de las derechas posterior al Gobierno del Frente Popular contribuyó a crecer numéricamente. Da la impresión de que la ilegalización del partido de marzo de 1936, unida al encarcelamiento de varios de los principales miembros de su junta política, sirvió de acicate para la captación de, ahora sí, numerosos efectivos de otras organizaciones derechistas e individuos que, sin haberse posicionado políticamente con anterioridad, se alinearon con los intereses

---

<sup>30</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, pp. 47-48.

<sup>31</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2747-2749.

económicos y sociales de la facción conservadora del partido<sup>32</sup>. La llegada de nuevos afiliados se intensificó a partir del pronunciamiento militar, dificultando enormemente las posibilidades de promoción del sector revolucionario del partido, obstaculizado en su intento por llevar a la práctica la doctrina nacionalsindicalista por una ingente cantidad de arribistas, oportunistas y partidarios del ala conservadora cuya formación política no pasaba de la visión de FE y de las JONS como “*algo nuevo y social*”<sup>33</sup>. Los primeros datos de afiliación que se disponen para la Jefatura Provincial de Santa Cruz de Tenerife, recopilados por Guerra Palmero<sup>34</sup>, son de abril de 1937 y en ellos se advierte el carácter masivo de la arribada de militantes en los primeros meses de la Guerra Civil, con casi 11.500 afiliados entre hombres y mujeres (Sección Femenina), miembros de primera (milicias) y segunda línea (organización, propaganda), más los flechas y los sindicalistas; no obstante, esas cifras deben ser tomadas con suma cautela por diversas razones. Para empezar, más de la mitad de estos afiliados eran los llamados “flechas”, es decir, adolescentes o niños encuadrados en la organización juvenil, cuyo papel se limitaba a ser objeto de adoctrinamiento. Por otra parte estaban los afiliados a la Central Obrera Nacional Sindicalista (11,3%), en su mayoría obreros forzados a adherirse al sindicato vertical recién implantado por Falange. La suma se completa con la primera y segunda línea (menos de 1.500 personas) cuya condición de falangistas, por factores que se explicarán más adelante, era más nominal que real. Tampoco hay que desdeñar, por último, la tendencia de los dirigentes locales a inflar las cifras para engrandecer su labor ante la dirección nacional.

Aunque el crecimiento de FE y de las JONS en los meses anteriores e inmediatamente posteriores al estallido de la guerra comenzaba a ser considerable, continuaba siendo una fuerza minoritaria dentro del bloque de apoyos civiles al levantamiento militar; políticamente aislada por la negativa de sus dirigentes a pactar con las otras fuerzas reaccionarias, optó por la estrategia de hacerse fuerte mediante la alianza con el Ejército, lo cual no resultó difícil: la admiración hacia lo castrense quedaba de manifiesto en sus puntos programáticos y la repulsión hacia el sistema republicano era un odio compartido con los militares; en adición, Falange apostó desde su fundación por la violencia como medio de lucha contra el marxismo, por lo que ponerse a disposición de la fuerza armada para suprimirlo no suponía ningún

---

<sup>32</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 48.

<sup>33</sup> Payne, *op. cit.*, p. 136.

<sup>34</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 49.

sacrificio<sup>35</sup>. Desde su reclusión en Alicante, José Antonio Primo de Rivera ordenó a todos los jefes locales que las milicias se pusieran bajo el mando de la autoridad militar, de manera que durante toda la guerra civil, Falange se convirtió en una especie de servicio auxiliar del Ejército, aplicado fundamentalmente a la propaganda y a la represión de los opositores. En el caso particular de Tenerife, la responsabilidad de planear la logística represiva recayó en el Partido Republicano Tinerfeño, siendo la milicia falangista el brazo ejecutor en materia de coacción física, denuncias y vigilancia parapolicial, hasta el punto de que la población acabó por identificarla con esta labor más que a la autoridad militar<sup>36</sup>.

La facción minoritaria de falangistas revolucionarios entendía la represión como un paso previo a la instauración del nacionalsindicalismo; su idea era extraer de la sociedad a los líderes y propagandistas anarquistas, marxistas y obreros con la esperanza, sin duda simplista, de que eliminados los promotores del sindicalismo de clase, este podría ser sustituido limpiamente por el sindicato vertical, que no solo ofrecería un seductor programa social no muy lejano al reclamado por el proletariado durante la etapa republicana, sino que además reeducaría a los trabajadores en los ideales patrióticos y religiosos que el sindicalismo de izquierdas habría desplazado. Si resultaba ingenuo creer que los trabajadores fueran a abrazar el nacionalsindicalismo olvidándose casi por ensalmo de la represión sistemática ejercida por FE y de las JONS contra amigos, compañeros de trabajo, vecinos, etc., todavía lo era más que los falangistas revolucionarios pensarán que podrían imponer ese criterio a la corriente mayoritaria del partido. El sentido de la represión para los falangistas conservadores era el de una aniquilación total del movimiento obrero, tan prolongada como fuera necesario y sin la necesidad de una segunda fase de implantación del sindicalismo vertical, del que comenzaban a desconfiar al ver en él un posible caldo de cultivo para el rebrote del movimiento obrero que tantos problemas les había causado en sus propiedades<sup>37</sup>.

Las luchas internas, como la referida sobre la cuestión de la represión, se convirtieron en una constante en el seno de FE y de las JONS en Tenerife desde los primeros meses de guerra y, sobre todo, en un factor debilitador de la formación,

---

<sup>35</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 72.

<sup>36</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 50.

<sup>37</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2751-2752.

agravado por otras dos circunstancias: la anarquía organizativa y la subordinación a los mandos militares. Respecto a la desorganización, el encarcelamiento de la cúpula dirigente tras el pronunciamiento del 18 de julio dejó sin directrices que seguir a las ramificaciones provinciales de Falange; se trató de paliar el descabezamiento del partido con el nombramiento de un líder provisional, el jefe provincial de Santander Manuel Hedilla, pero ni contaba con el carisma de su antecesor ni con el apoyo de los dirigentes locales, que fruto del desconcierto habían creado sus propias camarillas y, en la práctica, ejercían más autoridad dentro de su territorio que la ejercida por la figura de Hedilla<sup>38</sup>. La sumisión al Ejército era natural: FE y de las JONS, su esencia e ideología, se habría desvanecido entre la masa difusa de fuerzas que apoyaron la sublevación si no hubiera sido por el protagonismo puramente instrumental que los impulsores de esta le dieron a sus milicias en el arranque del conflicto bélico y, si quería seguir existiendo, debía continuar con ese rol. Prueba del papel secundario de Falange en la Administración de la zona sublevada y de su utilización simplemente como servicio auxiliar en la retaguardia es la ausencia de representación en la Junta de Defensa Militar que se constituyó en Burgos en julio de 1936, cuya composición demostraba que la oficialidad rebelde consideraba la contienda como un asunto principalmente militar, siendo la participación civil algo subsidiario. La supervivencia del partido fascista en Canarias, donde no había un frente abierto, era aún más delicada, en tanto que su utilidad era menor que en el territorio peninsular, de modo que la Comandancia General de Canarias se vio totalmente legitimada para introducirse de lleno en las jerarquías falangistas<sup>39</sup>, lo cual no solo implicó una total dependencia de la autoridad militar, sino también una menor autonomía para aplicar los preceptos nacionalsindicalistas, propiciada por el favorecimiento de los intereses de la facción conservadora, más acordes con el pensamiento tradicional del que hacían gala los comandantes/capitanes generales que se sucedieron en el Mando de Canarias.

La máxima autoridad en el archipiélago desde el golpe de Estado era la del comandante general, cuya influencia en la primera fase de la guerra mediatizaba las decisiones en el ámbito civil de los gobernadores. Primero Luis Orgaz Yoldi (julio-septiembre de 1936) y luego Ángel Dolla Lahoz (septiembre de 1936-enero de 1937) y Carlos Guerra Zavala (enero-septiembre de 1937), favorecieron los intereses del sector

---

<sup>38</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 92.

<sup>39</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 52.

conservador de Falange integrado por la clase alta de exportadores y grandes propietarios agrarios que, al amparo de las instituciones a las que accedieron gracias al patrocinio militar, atajaron el deterioro de sus redes clientelares y resolvieron la crisis económica que azotaba a sus tierras, bien mediante medidas conducentes a la explotación laboral de sus trabajadores, bien mediante la represión legitimada para soterrar por la fuerza las reivindicaciones obreras<sup>40</sup>. El sector revolucionario hubo de encajar la primera derrota del nacionalsindicalismo en Tenerife, materializada en la revitalización del caciquismo contra el que predicaba, consecuencia probablemente de un análisis erróneo de la realidad: en primer lugar, no contó con la mentalidad recelosa de los mandos militares hacia las ideas de regeneracionismo revolucionario del fascismo español y, por tanto, con la mayor predisposición a favorecer a aquellos que garantizaran una mera restauración del orden socioeconómico que precedió a la República; en segundo lugar, puso todos sus esfuerzos en acabar con el movimiento obrero mediante la represión, sin percatarse de que su enemigo más poderoso era el caciquismo, que además de poseer mando en plaza en el partido desde sus orígenes, “poseía una red clientelar paralela a las instituciones locales”<sup>41</sup>.

#### **4.1.4. El partido único y los poderes tradicionales (1937-1940)**

A medida que el bando sublevado iba haciéndose con territorio republicano, era más apremiante la necesidad de proveer de una doctrina política a las instituciones paraestatales de los insurrectos, tanto para buscar el apoyo de la población como para dotar de una estructura institucional a la “nueva” España<sup>42</sup>. Con el problema del mando único ya resuelto, pues Francisco Franco había sido investido como generalísimo de los Ejércitos y jefe de Estado en septiembre de 1936, había que buscar entre las fuerzas políticas que habían apoyado el golpe de Estado una alternativa al vacío ideológico de la rebelión militar. Franco, además, veía necesaria la creación de un partido único a la imagen de sus aliados alemán e italiano, al objeto de consolidar su poder y subordinar bajo su autoridad la existencia de distintos proyectos que pudieran cuestionarlo una vez

---

<sup>40</sup> González Vázquez, *op. cit.*, p. 2751.

<sup>41</sup> Ídem, p. 2754.

<sup>42</sup> Payne, *op. cit.*, p. 159.

ganada la guerra<sup>43</sup>. Es probable que la idea de la unificación de las fuerzas políticas que apoyaron el derrocamiento republicano fuera anterior, pero la historiografía suele identificar como clave en ese proceso a Ramón Serrano Súñer, cuñado de Franco y principal consejero político de este desde su llegada en febrero de 1937 al cuartel general de los sublevados en Salamanca. Exdiputado por la CEDA, Serrano Súñer destacó en los meses posteriores a la formación del Gobierno del Frente Popular como responsable de las Juventudes de Acción Popular, milicia juvenil del partido derechista a la que dotó de un cariz marcadamente antimarxista, fascista y violento, en la misma línea de las juventudes falangistas de José Antonio Primo de Rivera, de quien sus biografías dicen que era amigo desde que coincidieran en la universidad<sup>44</sup>.

La aspiración a convertirse en eje del partido único era común a todos los grupos reaccionarios, lo que derivó en una tensión creciente que podía poner en peligro la unidad del bando faccioso, de forma que el Caudillo y su consejero decidieron mediar en el asunto: la CEDA y el resto de partidos de la derecha parlamentaria fueron descartados por el descrédito cosechado en los últimos años, los monárquicos no fueron tenidos en cuenta por su afán conspirador desde el inicio del conflicto bélico y los tradicionalistas, aunque con unos ideales afines a parte de la oficialidad, presentaban un programa caduco para un nuevo Estado como el que se pretendía implantar; fuera por eliminación de sus rivales, por las filias fascistas de Ramón Serrano Súñer, por la predisposición de parte de sus dirigentes a la unificación o por una conjunción de todas ellas, por medio del Decreto de Unificación de abril de 1937, Falange Española –ahora también Tradicionalista, para ensamblar a los carlistas– y de las JONS (FET y de las JONS) se convirtió en el partido único del recién fundado Movimiento Nacional. Desde ese momento, Falange comenzó a proveer de fundamento político al incipiente régimen franquista mediante la asunción por parte de este de los puntos programáticos de Primo de Rivera<sup>45</sup>, comenzando así lo que se ha convenido en llamar la etapa nacionalsindicalista de la dictadura franquista, con la que también empezó una política fascistizante totalmente singular, pues a diferencia de lo acontecido en Alemania e

---

<sup>43</sup> Thomàs i Andreu, J. M. La configuración del franquismo: El partido y las instituciones. *Ayer*, 1999, n.º 3: “El primer franquismo” (1936-1939), p. 45.

<sup>44</sup> Payne, *op. cit.*, p. 60.

<sup>45</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 103.

Italia, “en el caso español no había sido el partido fascista el que se había apoderado del Estado, sino al revés”<sup>46</sup>.

La aprobación de los estatutos de FET y de las JONS vino a reforzar el caudillaje de Franco, pues aparte de ratificarlo como líder del Movimiento, le otorgaba la potestad de designar al Consejo Nacional, a la Junta Política y al secretario general del partido, que siguiendo los designios de José Antonio –fusilado en noviembre de 1936, su muerte ocultada a la población– sería Raimundo Fernández-Cuesta, camisa vieja desde 1933. En cuanto a las atribuciones dadas a Falange (directrices de gobierno, relaciones exteriores, vertebración del Movimiento Nacional, etc.), así como a su estructura orgánica (Iniciativas y Orientaciones de la Obra del Estado, Milicias, Organizaciones Juveniles, Prensa y Propaganda, Sección Femenina, Servicio Exterior, Sindicatos, etc.) se observa, aparte de la imitación de los departamentos gubernamentales, el encargo manifiesto de encuadrar a la población<sup>47</sup>. El Decreto de Unificación preveía la incorporación automática de todos los militantes de las fuerzas que habían sido toleradas por los militares rebeldes, lo que incluía a los carlistas, monárquicos y, en general, simpatizantes de todos los partidos derechistas del arco parlamentario, por lo que más que de una unificación, se trataba de un agrupamiento bajo el marco institucional del Movimiento de lo que más tarde se llamarían las “familias” políticas del franquismo. El desembarco intensivo en el partido único de individuos ajenos al programa falangista, cuando no contrarios a él, fue otro lastre para la implantación del nacionalsindicalismo, agravado por la autonomía que el régimen proporcionó al Ejército y la Iglesia católica<sup>48</sup>.

El beneficio con el que el Franco terminó por cautivar a los camisas viejas más acérrimos –principalmente, el círculo que rodeaba a la hermana de José Antonio Primo de Rivera, Pilar– para convertir el partido en el andamiaje ideológico de la naciente dictadura militar, fue la promesa de implantar el nacionalsindicalismo en España cuando la victoria en el frente fuera definitiva<sup>49</sup>; cierto es que algunos, como el defenestrado Manuel Hedilla, no aceptaron la subordinación, pero la mayoría de falangistas, como los revolucionarios tinerfeños, vieron en el Decreto de Unificación la

---

<sup>46</sup> Thomàs i Andreu, *op. cit.*, p. 45.

<sup>47</sup> Ídem.

<sup>48</sup> Chueca Rodríguez, R. L. FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado. En Fontana, J. (ed.) *España bajo el franquismo*. Valencia: Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, 1986, pp. 65-66.

<sup>49</sup> Payne, *op. cit.*, p. 180.

gran oportunidad para imponerse: con una FET y de las JONS aparentemente fuerte y la promesa de un advenimiento nacionalsindicalista tras la guerra, veían en la fusión del aparato estatal con el partido la ocasión perfecta para acceder a los cargos públicos y, desde ellos, desbancar a las clientelas caciquiles en el control social de la clase trabajadora y sustituirlas por las nuevas organizaciones de encuadramiento<sup>50</sup>. Como muestra del compromiso recién adquirido, se produjo un relevo simbólico en los altos cargos institucionales con la sustitución en el Gobierno Civil de Julio Fuentes Serrano, militar en el cargo desde el levantamiento, por Daniel Arraiza Goñi (agosto de 1937), líder de Falange Española desde sus inicios en Navarra; por otra parte, a finales de año, la jefatura nacional del Movimiento nombró a Francisco Barrado Zorrilla, otro falangista con pedigrí, como jefe provincial del partido e inspector de la actividad del mismo en la isla, pues en Salamanca se era consciente de la débil implantación del nacionalsindicalismo antes y durante la guerra y de la preeminencia en él del poder caciquil. Gobernador Civil y Jefe Provincial se apresuraron a demostrar su convencimiento nacionalsindicalista con anuncios de purgas de caciques en las corporaciones insulares y municipales y, aunque hubo algunos ceses y nuevas designaciones en gestoras locales, la actividad regeneradora se limitó a la sustitución en la jerarquía provincial de unos cuantos miembros de la burguesía agroexportadora por otros<sup>51</sup>.

Con la llegada del año 1938, parecía darse un paso más en la consagración de la familia falangista como pilar del nuevo Estado con la constitución del primer Gobierno franquista, pues si bien es cierto que, desde estos primeros tiempos, el Generalísimo apostó por trasladar a sus gobiernos la diversidad política de sus apoyos sociales, es innegable que en la primera etapa del régimen, el predominio falangista fue notable. En este primer reparto de poder Falange no obtuvo todo lo que ambicionaba, pero logró las carteras imprescindibles para implementar el programa nacionalsindicalista (Agricultura, Organización y Acción Sindical y Trabajo), más el mecenazgo del hombre fuerte de Franco, el nuevo ministro de la Gobernación Ramón Serrano Súñer, quien concedería a los falangistas el control sobre un preciado instrumento para la conquista fascista de las masas, la propaganda, quedándose con la espina de ver como el monopolio de la educación caía en manos de la Iglesia<sup>52</sup>. El creciente peso político

---

<sup>50</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2754-2755.

<sup>51</sup> Ídem, pp. 2755-2756.

<sup>52</sup> Thomàs i Andreu, *op. cit.*, p. 46.

recién adquirido por los falangistas contribuyó a la expansión de la organización por toda la zona sublevada en forma de múltiples sedes jerárquicamente organizadas por barrios, distritos, municipios y provincias, multitudinarios centros de beneficencia y numerosas delegaciones de los cuerpos de encuadramiento como el Frente de Juventudes, la Sección Femenina o el SEU<sup>53</sup>. El momento del nacionalsindicalismo había llegado y era necesario poner al frente de provincias indolentes hacia la causa, como la tinerfeña, a hombres enérgicos y de probada lealtad a los puntos programáticos del partido único; los titubeantes Arraiza Goñi y Barrado Zorrilla fueron sustituidos en 1938 por Vicente Sergio Orbaneja en el Gobierno Civil y Francisco Aguilar y Paz en la Jefatura Provincial: ambos seguidores fervorosos de la doctrina de Primo de Rivera, camisas viejas –a pesar de los antecedentes en el socialismo tinerfeño de Aguilar y Paz– y próximos a las tesis del clan revolucionario de FET y de las JONS.

Entre los años 1938 y 1940, conforme la balanza bélica se inclinaba hacia el bando sublevado hasta su victoria final en abril de 1939 y el nuevo Estado franquista adquiriría tintes fascistizantes, Gobernador Civil y Jefe Provincial se sintieron lo suficientemente respaldados para dar importantes pasos, la mayoría en falso, hacia la meta nacionalsindicalista, como glosa González Vázquez en su investigación sobre la labor de este tándem al frente del partido único<sup>54</sup>:

- El apoyo del grupo revolucionario de la Falange tinerfeña no era suficiente para la pretendida regeneración de la vida política que buscaban Aguilar y Paz y Sergio Orbaneja, por minoritario y por la radicalidad de sus propuestas a ojos de eclesiásticos y militares, desconfiados por la percepción de que la integración de la clase obrera implicaría un perjuicio a la clase alta; por otra parte, si el Caudillo había aglutinado sus apoyos de diversa procedencia en el Gobierno estatal, en las provincias se habría de hacer lo mismo con todas las instituciones y segmentos sociales que apoyaran la dictadura. Así las cosas, los dirigentes de la provincia acordaron un pacto tácito con los pilares del régimen (Ejército, Iglesia católica) y con la patronal de la burguesía agraria de la capital que, en principio, reportaría a los primeros la colaboración cívico-militar en la implantación de las propuestas nacionalsindicalistas y, a los segundos, la inserción en la dinámica de reparto de cargos públicos con las consiguientes oportunidades de promoción socioeconómica; la dirección del partido en municipios y pueblos, aparte de la

---

<sup>53</sup> Ídem.

<sup>54</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2757-2764.

provincial, se convirtió entonces en una especie de cajón de sastre de la élite tinerfeña del momento, donde cabían antiguos socialistas, curas, excombatientes, republicanos de la derecha católica y, en el mejor de los casos, un puñado de falangistas convencidos, más unos cuantos comerciantes o profesionales liberales bien conectados y promocionados a puestos de gestión insular o municipal.

- Consolidados los apoyos fundamentales, era momento de atraer a la población y para ello habría de intensificarse la alabanza al programa falangista y la crítica al caciquismo en los medios oficiales de propaganda como el periódico *Amanecer*, pero sobre todo disminuir la magnitud de la represión, que aparte de hacer el trabajo sucio a los caciques, fomentaba la hostilidad de la población hacia el partido único. La realidad es que la represión no solo continuó, sino que se legitimó mediante las leyes de Responsabilidades Políticas (febrero de 1939) y de Represión de la Masonería y el Comunismo (marzo de 1940) y sus correspondientes tribunales, en los que los falangistas participaron activamente como jueces y verdugos, demostrando que por mucha retórica apaciguadora que emplearan, continuaban prefiriendo la dialéctica “*de los puños y las pistolas*” enunciada por José Antonio.
- En vista de que el freno de la represión no era más que una ficción, el Gobierno Civil de Sergio Orbaneja, apoyado en la propaganda controlada por Aguilar y Paz, optó por grandes promesas de distribución de riqueza, mejoras laborales y subidas salariales. El logro principal fue un acuerdo (julio de 1938) con el sector afín de la burguesía agraria para fijar unos mínimos salariales que, aunque notablemente inferiores a los jornales anteriores a la guerra civil, al menos contuvieron el deterioro de unas condiciones de trabajo totalmente abusivas. El nivel adquisitivo del grueso de la población seguía por debajo del precio de los bienes básicos, así que el siguiente paso fue contener la inflación imponiendo tasas fijas para determinados alimentos o persiguiendo tímidamente la especulación en la comercialización de los productos agrarios.
- Lo más llamativo de la política tinerfeña de estos años es probablemente el enfrentamiento de las instituciones civiles con los tradicionales poderes caciquiles que dominaron Canarias desde la Restauración borbónica. Vicente Sergio Orbaneja emprendió una cruzada contra elementos clave de la oligarquía agroexportadora al objeto de hacerles cumplir el programa nacionalsindicalista y, sintiéndose momentáneamente fuerte por su pacto con parte de la burguesía capitalina y el

predominio falangista a nivel nacional, no dudó en perjudicar a varios de los principales desafectos a la causa mediante cuantiosas multas, destituciones de cargos públicos o directamente reclusiones en la prisión de Fyffes, siendo quizá la más sonada la de Manuel Cruz Delgado, de la burguesía portuaria de Santa Cruz de Tenerife y miembro de la comisión gestora que nombraron las fuerzas golpistas para regir el ayuntamiento capitalino.

Las medidas implementadas por el Gobierno Civil y la Jefatura Provincial de FET y de las JONS enquistaron aún más el enfrentamiento entre las banderías del partido único en Tenerife: de un lado, Vicente Sergio Orbaneja y su lugarteniente, Francisco Aguilar y Paz, respaldados por la burguesía agraria de la capital y los revolucionarios falangistas; enfrente, las clases altas de la gran propiedad agroexportadora de Tenerife, liderada por el influyente empresario y exdiputado en Cortes (monárquicas y republicanas) Andrés de Arroyo y González de Chaves, secundado por unos terratenientes reacios a asumir el incremento de los costes de producción derivados de la implantación del programa nacionalsindicalista y a ver como sus redes clientelares eran sustituidas por la burocracia del Movimiento Nacional<sup>55</sup>.

#### **4.1.5. El ocaso del nacionalsindicalismo**

Además de los conflictos internos entre banderías burguesas y camarillas falangistas, al comienzo de los 1940 FET y de las JONS en Tenerife evidenciaba otros síntomas de debilidad. En el plano presupuestario, las partidas con destino al Movimiento Nacional eran exiguas teniendo en cuenta las atribuciones de sus servicios de beneficencia y encuadramiento; la precariedad se agravaba por el irrisorio monto recaudado en cuotas de afiliación o sindicación y adquirió tintes dramáticos con la creación del Mando Económico de Canarias en 1941, que implicó la pérdida del control sobre los recursos económicos del archipiélago a favor de la autoridad militar, antagonista del partido desde hacía años<sup>56</sup>. En el terreno organizativo, había una asombrosa falta de disciplina para tratarse de un partido único de corte fascista, achacada por Francisco de Aguilar y Paz a la indolencia de sus antecesores y a la penetración de miembros del tradicional bloque dominante y de militares en las instituciones públicas y las jerarquías del partido; en este sentido, se hicieron frecuentes las acusaciones cruzadas ante la Secretaría General del Movimiento sobre los

---

<sup>55</sup> Ídem.

<sup>56</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 72.

antecedentes dudosos de los adversarios políticos (comunismo, masonería, socialismo, etc.), incompetencia en el desempeño de funciones y utilización de cargos para beneficio propio, sin olvidar las habituales denuncias de inmoralidad y vida licenciosa<sup>57</sup>.

El binomio formado por Vicente Sergio Orbaneja y Aguilar y Paz empezaba a dar muestras de estar perdiendo la batalla por la autonomía de FET y de las JONS respecto de la oligarquía tradicional, que en una nueva prueba de su extraordinaria capacidad de adaptación a la coyuntura política, se alió con los militares y parte del sector más dogmático de Falange, descontento con la incapacidad de los dirigentes a la hora de disciplinar el partido, para dar un golpe de gracia al tándem dirigente y tomar el control de la organización<sup>58</sup>. El primero en caer fue Francisco de Aguilar y Paz, desterrado al interior de la isla con la excusa de su antigua militancia socialista; la salida del Jefe Provincial, responsable absoluto de propaganda, dejó el principal órgano de expresión del partido único –desde 1939, el periódico *El Día*–, en manos de los oligarcas agroexportadores. Sergio Orbaneja, por su parte, fue depuesto en abril de 1940, siendo sustituido por Javier Saldaña, quien asumiría también las funciones de jefe provincial en un partido cuyas iniciativas habían de pasar ya por el doble tamiz de la autoridad militar y la oligarquía tradicional<sup>59</sup>.

En la derrota del nacionalsindicalismo en las dos provincias canarias jugó un papel crucial el general Ricardo Serrador Santés, comandante general de las islas desde julio de 1939, declarado monárquico y profundamente antifalangista; mientras que su predecesor Vicente Valderrama Arias había dado bastante libertad a las iniciativas procedentes del Gobierno Civil y la Jefatura Provincial, Serrador Santés no dejó de cuestionarlas desde su llegada al cargo, hasta el punto de motivar un “*Informe sobre la conducta y actitud del Comandante General de Canarias*”, remitido por Vicente Sergio Orbaneja al mismísimo Ramón Serrano Súñer, en el que aparte de denunciar explícitamente la obstaculización de las políticas nacionalsindicalistas, se insinuaba su corrupción en la administración económica y su supuesta participación en conjuras monárquicas. En todo caso, la creciente omnipresencia del Comandante General en la vida pública de Canarias respondía, aparte de a sus antipatías hacia Falange y al favor

---

<sup>57</sup> Ídem, p. 87.

<sup>58</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2765.

<sup>59</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, pp. 96-99.

caciquil, a las circunstancias económicas y sociales finalmente conducentes a la constitución del Mando Económico en 1941<sup>60</sup>.

Es necesario interpretar también el decaimiento falangista en la isla como un eco del mismo proceso experimentado a nivel estatal. En octubre de 1940, el presidente de la Junta Política, Serrano Súñer, fue reemplazado en el Ministerio de la Gobernación por el coronel antifalangista Valentín Galarza Morante, perdiendo capacidad de mando en el aparato estatal y su poder omnímodo sobre la propaganda; todavía en el Gobierno como ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer tenía dos frentes abiertos que, a la postre, contribuirían a su caída en desgracia: el Ejército sumó a su desconfianza original a la política, la oposición a ser desplazados del panteón de héroes victoriosos en la Guerra Civil por Falange y el rechazo a la participación activa de España en la Segunda Guerra Mundial por las simpatías germanófilas del nuevo responsable de la diplomacia española; su otro enemigo era, paradójicamente, el núcleo duro de camisas viejas, que tras la liberación de gran parte de ellos de las prisiones republicanas por parte del bando sublevado, se habían convertido en más franquistas que falangistas, aparte de cansarse del monopolio del “Cuñadísimo” en la interlocución del partido con la Jefatura del Estado<sup>61</sup>. El siguiente golpe al falangismo se produjo a través de un decreto de noviembre de 1941 por el que se suprimían los doce servicios nacionales que Serrano Súñer creara en 1938 de forma paralela a la estructura gubernamental; todo el entramado del Movimiento Nacional fue reconfigurado y reducido a cuatro vicesecretarías (Educación Popular, Obras Sociales y Secciones, aparte de la General del Movimiento), retirando a los nacionalsindicalistas a un nivel burocrático y secundario de la Administración del Estado, a excepción de las organizaciones de encuadramiento, la propaganda y los sindicatos<sup>62</sup>. El tiempo de Ramón Serrano Súñer en la vida política finalizó en 1942, cuando la tensión acumulada en los últimos años entre falangistas y militares explotó en el célebre atentado de Begoña de septiembre de 1942, tras el cual fue destituido de todos sus cargos, tanto en el Gobierno como en el partido.

La relegación de la familia falangista trasciende del oscurecimiento de la estrella de Serrano Súñer y va más allá de los límites de este trabajo; pueden citarse

---

<sup>60</sup> Ídem, p. 101.

<sup>61</sup> Thomàs i Andreu, *op. cit.*, p. 49.

<sup>62</sup> Payne, *op. cit.*, p. 227.

someramente algunos motivos, como el desapego de la población civil, el empleo intencionado desde la Jefatura del Estado del partido único como blanco de las iras por la catastrófica situación económica y social de España durante el periodo autárquico o la necesidad de deshacerse de todo lo que oliera a fascismo tras la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Todo contribuyó al abandono progresivo del nacionalsindicalismo, que sobrevivió lánguidamente hasta 1945 y, a partir de entonces, fue convirtiéndose en una grisácea burocracia finalmente adepta al nacionalcatolicismo por el que apostaría Francisco Franco, quedando del proyecto originario de Falange Española tan solo sus desdibujadas organizaciones de encuadramiento y sindicación y el recuerdo glorificado de sus mitos.

## **4.2. FET Y DE LAS JONS EN TENERIFE: ECONOMÍA**

### **4.2.1. La economía canaria del primer tercio del s. XX**

La aprobación de la Ley de Puertos Francos de Canarias en 1852, consistente en la aplicación de un sistema impositivo prácticamente librecambista, supuso la implantación en el Archipiélago de un modelo económico que perduraría sin grandes cambios hasta el estallido de la Guerra Civil, caracterizado por un particular régimen fiscal, una agricultura exportadora de monocultivo y la dependencia extrema de los mercados europeos en detrimento del español. El régimen de Puertos Francos fue fruto de un pacto por medio del cual el Estado se aseguraba el sostenimiento económico de las islas mediante la potenciación de su sector agrícola y el favorecimiento de las importaciones de manufacturas en una región sin industria a través de la eliminación de aranceles, al mismo tiempo que garantizaba una fuente de ingresos procedente de los impuestos del comercio canario con el exterior; del lado isleño, se veía en la liberalización una oportunidad para el progreso económico de las islas, basado en el argumento de que el proteccionismo propio de la época no hacía sino limitar una economía que nunca había sido complementaria a la peninsular, pues los mercados receptores del monocultivo canario siempre se habían encontrado en territorio extranjero. Los Puertos Francos sobrevivieron a los distintos regímenes políticos que se sucedieron en España hasta la década de 1930, aunque con resultados dispares: si bien es cierto que la facilidad para adquirir productos manufacturados de procedencia europea a coste reducido dinamizó el comercio interior de todos los territorios insulares,

la liberalización orientada a la exportación del monocultivo perpetuó la poca diversificación de la economía canaria y, en consecuencia, comprometió en repetidas ocasiones el autoabastecimiento agrícola e intensificó la subordinación a las fluctuaciones de los mercados exteriores; las principales beneficiadas fueron las familias de la clase alta de propietarios agrícolas, gradualmente transformada también en burguesía agraria, que durante los más de ochenta años de Puertos Francos fueron tejiendo una tupida red clientelar, uniendo sus fortunas al capitalismo europeo<sup>63</sup>.

El desencadenamiento de la guerra civil no afectó sobremanera al sistema librecambista, en cierta medida por la aproximación desde su inicio de los comandantes generales al sector agroexportador que apoyó el golpe de Estado; además, los negocios exteriores de estos reportaban divisas el bando sublevado y, dado que los productos canarios nunca tuvieron como destino principal el territorio peninsular, no se percibía la extroversión de la burguesía agraria como un agravio a la causa rebelde<sup>64</sup>. El punto de inflexión se produciría en 1939 con la puesta en marcha de los mecanismos económicos para la construcción del nuevo Estado franquista –de los que se tratará en el siguiente epígrafe– y con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La alineación de España con las potencias nazi-fascistas supuso el aislamiento en todos los ámbitos, incluido el económico, del régimen franquista por parte de los países aliados, precisamente aquellos que recibían el grueso de la producción agrícola que exportaba Canarias. Las consecuencias fueron nefastas y vinieron en forma de reacción en cadena: los barcos mercantes de los Aliados dejaron de navegar por aguas insulares, sin nadie a quien vender el comercio se paralizó, la producción frutera no pudo ser colocada por los exportadores agrarios y los empleados que trabajaban en sus tierras perdieron sus trabajos y vieron notablemente empeoradas sus condiciones de vida; la sociedad canaria se vio sometida a un periodo de extraordinaria carencia con precios disparados, un descenso de la capacidad adquisitiva de más del 50%, infraempleo en condiciones de explotación y tremendas dificultades para hacerse con productos de primera necesidad debido a las dificultades de abastecimiento y al estraperlo<sup>65</sup>. La contienda mundial y el posicionamiento español en ella fue un factor determinante para la generación de este

---

<sup>63</sup> Aguiar García, *op. cit.*, pp. 72-76.

<sup>64</sup> Guerra Palmero, R. A. *Autarquía y hecho diferencial canario (1936-1960)*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2005, p. 20.

<sup>65</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, pp. 115-117.

dramático panorama, pero no fue el único: los postulados de Falange que inspiraron parte de la política económica de Franco jugaron también un papel crucial.

#### **4.2.2. El proyecto económico de FET y de las JONS para Tenerife**

La autarquía económica de la primera etapa de la dictadura de Francisco Franco fue producto de la combinación de factores como el aislamiento internacional, la destrucción masiva de la Guerra Civil o el proteccionismo del periodo de entreguerras, pero hubo también una importante motivación ideológica, basada en el ideal fascista de la autosuficiencia como garante de la independencia nacional, según el cual un país que produce lo necesario para su subsistencia, no contrae deudas ni depende de proveedores extranjeros que puedan influir en la política interna. El esquema autárquico era simple: crecimiento exponencial de la producción propia sin importar el coste ni la eficiencia y reducción al mínimo indispensable de importaciones, propiciada por la potenciación del sector industrial<sup>66</sup>. Todo ello bajo el férreo control intervencionista del Estado, responsabilidad que en Canarias recayó sobre los comandantes/capitanes generales, a los que se confirieron grandes poderes para regular los mecanismos económicos del archipiélago<sup>67</sup>.

La base doctrinal de la autarquía, asombrosamente simplista, bebe en gran medida de la mentalidad castrense de sus impulsores, quienes consideraron que los métodos propios de la intendencia cuartelaria eran aplicables a la gestión económica del país; en la misma línea, los servicios técnicos de FET y de las JONS, atrincherados en la doctrina de tercera posición esbozada por Ramiro Ledesma Ramos y convencidos igual que los militares de la necesidad de dotar de autonomía a la economía española respecto a la internacional, contribuyeron al andamiaje ideológico del proyecto autárquico que, en las islas, se diseñó a partir de dos problemas a solventar: de un lado, el comercio canario había dado la espalda al mercado español, por lo que tenía que insertarse en él de alguna forma; por otra parte, la producción agrícola, orientada hasta ese momento a la exportación del monocultivo frutero, era incapaz de cubrir las necesidades de abastecimiento de productos básicos de la población<sup>68</sup>. Las propuestas hechas por la

---

<sup>66</sup> Moreno Fonseret, R. El régimen y la sociedad: Grupos de presión y concreción de intereses. *Ayer*, 1999, n.º 3: "El primer franquismo" (1936-1939), p. 104-105.

<sup>67</sup> Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J., p. 525.

<sup>68</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 111.

Jefatura Provincial del Movimiento Nacional en Tenerife giraron en torno a los mismos ejes que las realizadas a escala estatal<sup>69</sup>:

- La agricultura debía ser la base de la economía, no en vano, José Antonio Primo de Rivera dedicó cuatro de sus veintisiete puntos programáticos al medio rural, que consideraba “*vivero permanente de España*”. Las medidas a tomar pasaban por el aumento de la superficie cultivada, la diversificación de la producción y la mejora del regadío mediante obras hidráulicas, mientras que reservaban para el Estado una función intervencionista del sector primario, pues este determinaba los límites y tamaños de las parcelas de cultivo y supervisaba la comercialización, especialmente del cereal, que adquiría a precio fijo y luego distribuía mediante cartillas de racionamiento con valores tasados. Probablemente, las recomendaciones vinculadas al ordenamiento agrario fueron las más tenidas en cuenta por el primer Gobierno de Franco, pero fracasaron estrepitosamente: al ignorar toda ortodoxia económica, el Estado se hacía con la producción de cereal al menor precio posible, lo que unido a los rendimientos decrecientes por la intensificación agraria, hacía poco rentables los cultivos de subsistencia, propiciando que los productores los abandonaran y se dedicaran a trabajar aquellos fuera de la órbita intervencionista: El resultado fue la carencia de cereal para el autoabastecimiento y un mercado negro que se surtía de la producción ocultada por los propietarios agrícolas.
- El mercado canario y el peninsular debían ser engranados, de forma que las carencias en bienes de consumo fueran solventadas mediante una importación interregional, no internacional. El problema de la propuesta, que planteaba la configuración de un nuevo sistema arancelario para favorecer la llegada de mercancías peninsulares, es que implicaba una reinversión de las bases tradicionales de la economía canaria, totalmente orientada al exterior desde la Ley de Puertos Francos.
- Por último, aparte de la intensificación agraria y la vinculación comercial con el resto de España, la reducción de importaciones pasaba también por la creación de un sólido tejido industrial en Canarias, imposibilitada por los graves problemas para hacerse con bienes de equipo, energía y materias primas de un territorio alejado como el canario y, conforme avanzaba la década de los 1940, prácticamente

---

<sup>69</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, pp. 112-113.

bloqueado como consecuencia del aislamiento español durante la Segunda Guerra Mundial.

El bloque dominante que apoyó al bando sublevado durante el conflicto bélico aceptó en un primer momento los postulados económicos de los servicios técnicos, al entender que ceder al nuevo Estado ciertas parcelas de poder económico y social era el precio a pagar por la “pacificación” de la clase trabajadora (entiéndase por el desmantelamiento del movimiento obrero) necesaria para su enriquecimiento. Sin embargo, el giro autárquico de la dictadura obstruía manifiestamente los intereses de las burguesías isleñas (agraria, comercial, industrial), por lo que al mismo tiempo que se integraban en el nuevo modelo político, fueron tomando distancia del económico<sup>70</sup>.

En cuanto al protagonismo falangista en la autarquía más allá de su sostenimiento teórico, ya se ha comentado que el control sobre los mecanismos económicos del archipiélago recayó sobre los militares desde el golpe de Estado de julio de 1936, pero en 1937 se concedió a los gobernadores civiles importantes competencias en materia de abastos y de supervisión del intervencionismo estatal; en este sentido, el mayor o menor peso de FET y de las JONS, como en las cuestiones políticas, dependió de la personalidad más o menos autónoma del Gobernador Civil, por lo que los años de Vicente Sergio Orbaneja (1938-1940) fueron los de mayor protagonismo del partido único en la economía tinerfeña, finiquitado con la salida de este y, por encima de cualquier otra circunstancia, por la creación del Mando Económico de Canarias<sup>71</sup>. El Mando Económico, constituido por el Gobierno franquista en agosto de 1941, era una institución específica de las islas, creada con el objetivo de unificar en una sola persona los poderes económico y militar de la región, entendiendo que ambos ámbitos estaban intrínsecamente relacionados por las condiciones de aislamiento y lejanía y por la posibilidad de una hipotética entrada española en la contienda mundial (Aguiar García, p. 68); si antes de la creación de este organismo FET y de las JONS ya se encontraba con tremendas trabas para influir en la economía, el Mando Económico relegó tanto a los gobernadores civiles como a los servicios técnicos al campo sindical y, a lo sumo, a la elaboración de sugerencias<sup>72</sup>.

---

<sup>70</sup> Aguiar García, *op. cit.*, pp. 79.

<sup>71</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 116.

<sup>72</sup> Ídem, p. 121.

### 4.2.3. El sindicato vertical

El ámbito de la Administración en el que FET y de las JONS iba a contar con mayores cotas de poder fue, junto con la propaganda, el sindicalismo, reservándose para el partido los “*mandos de estas organizaciones, [que] procederán de las filas del Movimiento y serán conformados y tutelados por las jefaturas del mismo, como garantía de que la organización sindical ha de estar subordinada al interés nacional e infundida de los ideales del Estado*”<sup>73</sup>. Era lo lógico, teniendo en cuenta que ninguna de las fuerzas políticas que apoyaron al bando sublevado contaba con una teoría sindical tan elaborada como la nacionalsindicalista, de manera que la idea de Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera de convertir España en “*un gigantesco sindicato de productores*” fue tomada como punto de partida por el nuevo Estado para organizar a la clase trabajadora y es que, aun consciente de las reticencias que el programa nacionalsindicalista despertaba entre la oficialidad más reaccionaria, Francisco Franco se dejó convencer por el autoritarismo, la liquidación de la lucha de clases y el corporativismo católico que proponían los falangistas<sup>74</sup>. Prueba de la confianza de Franco es la composición del primer gabinete de la dictadura, con una cartera específica de Organización y Acción Sindical, dirigida por un falangista (Pedro González Bueno) y en principio emancipada del Ministerio de Trabajo, aparentemente, una clara demostración de que la cuestión sindical sería el coto privado de Falange<sup>75</sup>.

En lo que parecía otra demostración de confianza, el proceso de institucionalización del Estado franquista comenzó por la aprobación del Fuero del Trabajo (marzo de 1938), fundamento legislativo del sindicalismo vertical que además de incidir en la prohibición de los sindicatos de clase, estableció la fusión de las organizaciones obreras y patronales en un único organismo denominado Central Nacional Sindicalista, entendiendo la unificación de empresarios y trabajadores como símbolo de la supremacía del interés general del Estado por encima de los intereses enfrentados que daban lugar a las disputas interclasistas. Si bien es cierto que no se concedió a los falangistas libertad absoluta para la redacción del texto, la realidad es que este reflejaba la práctica totalidad de aspiraciones nacionalsindicalistas en materia

---

<sup>73</sup> Estatutos de FET y de las JONS, art. 29. *Boletín del Movimiento*, n.º 291, 7 de agosto de 1937.

<sup>74</sup> Aparicio, M. A. Sobre los comienzos del sindicalismo franquista, 1939-1945. En Fontana, J. (ed.) *España bajo el franquismo*. Valencia: Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, 1986, pp. 92-93.

<sup>75</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 117.

laboral: daba fuerza de ley a las propuestas para la configuración sindical del nuevo Estado y el encuadramiento sociopolítico de los grupos populares, además de otorgar al partido único el monopolio aparente sobre la gestión del sindicato<sup>76</sup>.

Hasta 1938, la articulación de la obra sindical en Tenerife fue extraordinariamente débil, pues su éxito estaba comprometido por la alianza entre la Comandancia General y la oligarquía tradicional, obstáculo infranqueable para cualquier modificación en clave nacionalsindicalista del mercado laboral y el sistema productivo de la isla. Más allá de la represión, que tuvo también una manifestación en forma de exclusión laboral para antiguos sindicalistas y sus familiares, los primeros años de la Guerra Civil fueron probablemente los de mayor degradación de las condiciones laborales de la clase trabajadora, derivada del patrocinio de la autoridad militar a un amplio sector de la patronal respaldado para reducir costes de producción a costa de bajadas salariales e incumplimientos sistemáticos de la normativa laboral. El papel falangista en este contexto estaba constreñido por la connivencia de la facción conservadora del partido con la preeminencia patronal y por la falta de fuerza del sector revolucionario, que hasta la llegada al Gobierno Civil de un “camisa vieja”, poco pudo hacer más allá de poner por escrito sus protestas que, incluso con Vicente Sergio Orbaneja como máxima autoridad de la provincia, no se resolvieron a favor de los trabajadores casi nunca, más allá de los acuerdos de mínimos conseguidos en el bienio de 1938-1940 para contener la disminución salarial y el incremento de horas de trabajo<sup>77</sup>.

La legislación sindical se terminó de apuntalar en 1940 con dos leyes que ahondaban en el cariz corporativista-fascista del régimen: la Ley de Unidad Sindical de enero y la de Bases de la Organización Sindical de diciembre. La primera redundaba en el carácter único del sindicato adscrito al Movimiento Nacional, mientras que la segunda trazaba la estructura del sindicato vertical. La renombrada Organización Sindical Española (OSE) a partir de ese momento estaría organizada en dos secciones, admitiendo implícitamente la existencia de intereses contrapuestos de empresarios y trabajadores. La patronal se agruparía por ramas de producción en los denominados “sindicatos nacionales”, con la función de colaborar con el Gobierno en cuestiones relativas a las condiciones de trabajo, la disciplina de los trabajadores o los mecanismos

---

<sup>76</sup> Ellwood, *op. cit.*, pp. 117-119.

<sup>77</sup> González Vázquez, *op. cit.*, pp. 2753.

de producción. Los “productores” (término falangista para referirse a los trabajadores) habrían de afiliarse a las llamadas “centrales nacionalsindicalistas”, con el cometido expreso de “*establecer la disciplina social de los productores*” y organizada en base a los principios de “*verticalidad, totalidad, unidad y jerarquía*”. El sindicalismo vertical había sido creado definitivamente, bajo el control de FET y de las JONS y con un delegado nacional (Gerardo Salvador Merino) y unos delegados provinciales realmente convencidos de la revolución nacionalsindicalista.

No obstante, la complicidad del franquismo y sus familias políticas con el sindicato planteado por los falangistas se limitaba a la creación de un instrumento más para el control de los trabajadores que para la movilización revolucionaria que predicaban los nacionalsindicalistas. El programa de Salvador Merino, basado en la independencia sindical respecto al Movimiento, pretendía coadyuvar a la deriva definitiva de la dictadura hacia un Estado totalitario en el que los intereses particulares estuvieran supeditados por completo a los nacionales mediante el intervencionismo sindical en materia económica; sus ambiciones se encontraron con la desconfianza y/o indiferencia de los trabajadores, el recelo de los empresarios y, desde luego, la frontal oposición del resto de familias franquistas, fundamentalmente católicos y militares, alarmados por sus discursos incendiarios, desfiles multitudinarios de trabajadores y tendencias germanófilas, de forma que la inevitable defenestración se acabaría produciendo en septiembre de 1941. La salida de Salvador Merino supuso el acomodo de las pretensiones sindicales al papel subordinado del que gustaba el Caudillo, ciñendo su actividad a las funciones asistenciales y concediendo gran parte de las funciones de control de los trabajadores y regulación de las relaciones laborales a los empresarios<sup>78</sup>.

La OSE en Tenerife presenta una dinámica similar a la del resto del Estado. El reconocimiento de la afiliación forzosa en las leyes sindicales no era explícito, aunque la presión social ejercida por la amenazante propaganda falangista era fuerte, ya que de las cuotas de afiliación dependía buena parte del presupuesto sindical; sin embargo, las cifras de inscripción en el sindicato, entre 25.000 y 29.000 afiliados en 1941<sup>79</sup> no eran nada espectaculares, más teniendo en cuenta que se refieren a toda la provincia occidental. La rimbombante denominación de España como Estado nacionalsindicalista disimulaba el breve y exiguo poder cedido desde la Jefatura de Estado a la OSE, como

---

<sup>78</sup> Aparicio, *op. cit.*, pp. 94-95.

<sup>79</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 77.

se manifiesta en las numerosas quejas de los delegados provinciales en referencia a las intromisiones de los funcionarios del Ministerio de Trabajo; el sindicato vertical se convirtió así en el prototipo de institución falangista: un “*tinglado burocrático*”<sup>80</sup>, carente de poder efectivo, duplicador del poder central y tendente a la descomposición interna por la corrupción y las luchas de poder. El tejido empresarial valoraba su capacidad para disciplinar al proletariado, pero se mostraba molesto por el burocratismo y el hábito de intervenir en los procesos de producción y venta en contra de los intereses patronales. Los trabajadores, con independencia de su antigua afiliación a sindicatos de clase o no, rechazaban a la nueva central sindical por su connivencia con la represión laboral (despidos disciplinarios, disminución de salarios, pérdida de derechos laborales, etc.), el dominio patronal y su ineficacia como mediadores; el vehículo utilizado por las jerarquías sindicales para ganárselos, la intensa propaganda y las obras sindicales, no pudieron ocultar el fracaso del argumentario revolucionario del falangismo en materia laboral, finalmente enterrado por la caída en desgracia de su rama política, por el conservadurismo de sus rivales políticos y por el fortalecimiento de las redes clientelares de poder local.

#### **4.3. FET Y DE LAS JONS Y SU RELACIÓN CON LA SOCIEDAD TINERFEÑA**

De todos los rasgos definitorios de un Estado fascista, el más presente durante la primera etapa de la dictadura de Francisco Franco, aparte de la violencia, fue la manipulación de las masas para crear una sociedad adepta al nuevo Estado a través la política social y la propaganda<sup>81</sup>, cometido que recayó sobre los ministerios controlados por los falangistas (Gobernación y Organización y Acción Sindical). El modelo elegido por Falange para cumplir con este encargo evolucionó de la agitación nacionalsindicalista a uno más acorde con el conservadurismo del resto de familias políticas del franquismo y el inmovilismo militar, enfocado a ampliar las bases sociales de la dictadura mediante la conformación de una gran masa poblacional políticamente pasiva. No cabe duda de que el Estado franquista contaba con importantes apoyos ideológicamente afines desde su génesis, como era el caso de la jerarquía eclesiástica, los políticos reaccionarios de la derecha republicana y los principales sectores

---

<sup>80</sup> Ídem, p. 79.

<sup>81</sup> Sevillano Calero, F. Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo. *Ayer*, 1999, n.º 3: “El primer franquismo” (1936-1939), p. 151.

empresariales, aparte de los excombatientes sublevados de la clase popular, favorecidos por la legislación posbélica; pero en 1939 era mayoritaria la población perjudicada y, por lo tanto, resentida por su relación con los vencidos o, en su defecto, aquellos a los que no se conocía ninguna filiación política y que simplemente vivían como podían en una España de carencias y miserias. El protagonismo del partido único a la hora, si no de captar, sí al menos de conseguir la pasividad de gran parte de estos últimos, es una de sus mayores contribuciones a la extraordinaria longevidad del régimen franquista<sup>82</sup>.

#### **4.3.1. Beneficencia y encuadramiento. Los mecanismos de control social**

El aislamiento internacional, la autarquía y la destrucción de la riqueza nacional de la Guerra Civil, junto al desempleo, la economía sumergida y la represión laboral, ocasionaron un empobrecimiento de tal magnitud que incluso era reconocido por la prensa franquista. En Tenerife, como en el resto del país, el número de personas sin recursos para cubrir por sus propios medios las necesidades básicas creció exponencialmente; Vicente Sergio Orbaneja lo reconocía así en sus informes sobre el estado de la provincia occidental en 1938-1939, en los que cifraba el aumento del número de pobres empadronados con derecho a beneficencia en 8.500 personas y se quejaba de la proliferación de mendicantes en la capital<sup>83</sup>. Para afrontar esta situación, la estrategia estatal consistía en la concesión de subsidios sociales a una cantidad limitada de familias y, sobre todo, en la prestación colectiva de servicios asistenciales a la población, acompañadas de intensas campañas propagandísticas para escenificar la preocupación gubernamental por las dificultades de los españoles<sup>84</sup>.

La asistencia social de aquellos tiempos, tanto la brindada por FET y de las JONS como la de la Iglesia católica, distaba mucho de la concepción actual como un derecho basado en la igualdad de oportunidades y la justicia social; se mantenía la consideración tradicional como acto piadoso de caridad cristiana, solo que aderezado con fuertes dosis de paternalismo, prevención y regeneración<sup>85</sup>. Paternalismo porque el Estado no entendía la beneficencia como una obligación, sino como una gracia

---

<sup>82</sup> León Álvarez, A. Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo. En Ruiz Carnicer, M. A. (coord.) Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975), vol. 2. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 278-279.

<sup>83</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 124.

<sup>84</sup> León Álvarez, *op. cit.*, p. 293.

<sup>85</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, pp. 128-129.

concedida a los pobres por la altura espiritual de la élite gobernante, moralmente conmovida por el sufrimiento de los empobrecidos. Prevención porque la pobreza extrema era vista como un factor de riesgo para el estallido de conflictos sociales. Regeneración porque, de la mano de la cobertura de las necesidades básicas, iba una fuerte inversión en adoctrinamiento y/o rehabilitación para la vida en sociedad de los indigentes o de los rojos, tanto en clave católica como nacionalsindicalista.

El Auxilio de Invierno, creado en octubre de 1936 por Mercedes Sanz Bachiller, viuda del “jonsista” Onésimo Redondo, fue la primera institución benéfica de los grupos afines al bando sublevado. Avivada por la miseria presente en la retaguardia del frente, la organización se expandió rápidamente por todo el territorio franquista, convirtiéndose en una institución independiente y socialmente influyente, por lo que en el primer Consejo Nacional de la Sección Femenina en enero de 1937, Pilar Primo de Rivera la incorporó oficialmente a la FE y de las JONS pre-unificación con la denominación de Auxilio Social. El encumbramiento de Falange como partido único conllevó el crecimiento de la organización hasta llegar a los 3.000 centros, en los que aparte de cuidados médicos a los combatientes convalecientes, se realizaban funciones de hospicio de huérfanos, reparto de alimentos y ropero<sup>86</sup>. En Tenerife, el precedente del Auxilio Social puede encontrarse en los comedores infantiles que el capitán general Ángel Dolla Lahoz ordenara crear en aquellos municipios donde el consistorio y el párroco acreditaran su necesidad. Después, con la estructuración de la Sección Femenina en la provincia, la red de centros benéficos fue creciendo y diversificándose hasta llegar a contar en 1943 con 28 comedores sociales para ancianos e impedidos, 38 comedores infantiles y 7 centros para la alimentación de los lactantes entre todas las islas occidentales<sup>87</sup>. La financiación, siempre muy por debajo de las necesidades de la población, fue un problema constante para la organización, que apenas podía mantenerse con las cuestaciones callejeras y las donaciones periódicas, por lo que el mantenimiento del Auxilio Social dependió durante estos años de las aportaciones realizadas por autoridades y empresarios, que disfrazando sus donaciones de compromiso patriótico y filantropía, obtenían con ellas prebendas públicas o privilegios en sus negocios. Partiendo de la base de que cualquiera de las iniciativas sociales que emprendió el Estado resultaba insuficiente para el elevado nivel carencial en que se

---

<sup>86</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 82.

<sup>87</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 131.

encontraba la población, las cifras del Auxilio Social en la provincia de Santa Cruz de Tenerife a principios de los 1940, según los datos extraídos por Guerra Palmero de los memorandos falangistas<sup>88</sup>, fluctúan entre las 8.000 y las 12.000 personas, que aparte de apoyo asistencial, fueron también sujetos de una intensa propaganda a favor del régimen.

En cuanto a los jóvenes, la responsabilidad recayó sobre el Frente de Juventudes, sección de FET y de las JONS para niñas y niños a partir de los siete años y hasta los diecisiete. La población diana eran todos los jóvenes españoles, pero como la afiliación no era obligatoria, el grado de encuadramiento variaba en función de si estaban o no afiliados: los afiliados eran formados políticamente en los valores nacionalsindicalistas del Movimiento Nacional, instruidos en la incipiente cultura franquista, recibían educación premilitar los chicos y en labores domésticas las chicas y, en adición, los mayores más capaces participaban como guías en la formación de los más pequeños; por su parte, para los no afiliados la ley fundacional de la sección solo preveía la educación física, la iniciación política y la participación ocasional en campamentos de verano. Probablemente, el adjetivo que mejor define la labor del Frente de Juventudes es la apatía, en el sentido de tratarse de un aparato creado por coherencia con la ideología oficial del partido único, pero sin fondos ni intenciones reales de convertirlo en algo útil para el régimen: las actividades (culturales, deportivas, religiosas) eran asombrosamente caducas hasta para una dictadura ultraconservadora como la española, la aspiración de encuadrar a toda la juventud española era quimérica teniendo en cuenta los recursos con los que se contaban y, por encima de todo, nunca pudo competir con la familia y la Iglesia católica como ámbitos de educación y transmisión de valores<sup>89</sup>. Los tinerfeños encuadrados en el Frente de Juventudes –fundamentalmente de entornos urbanos, pues el medio rural fue ignorado–, participaron en actos simbólicos de apoyo al régimen, colonias de verano y en el órgano de expresión de la sección, *Consigna*; los valores nacionalsindicalistas que supuestamente debían transmitir estas actividades se veían comprometidos por la influencia de sus financiadores, la mayoría de veces los comandantes/capitanes generales, cuyo mecenazgo imponía una incidencia mayor en principios castrenses y católicos y menor en los falangistas<sup>90</sup>.

---

<sup>88</sup> Ídem, p.140.

<sup>89</sup> Chueca Rodríguez, *op. cit.*, pp. 73-74.

<sup>90</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 84.

La más eficaz de las organizaciones falangistas de encuadramiento, la más longeva y quizá la más fiel al pensamiento de José Antonio Primo de Rivera fue la Sección Femenina, sin duda porque desde su creación en 1934 hasta su desaparición en 1977 estuvo dirigida por su hermana Pilar; prácticamente inexistente en Canarias antes del golpe de Estado de 1936, se destacaron durante la guerra colaborando en la asistencia social, financiación y propaganda del bando sublevado<sup>91</sup>. Pilar Primo de Rivera aprovechó el crecimiento sorprendente del número de afiliadas durante el conflicto bélico (580.000 en 1939), la consideración de la población como cara amable del régimen y el reconocimiento de Francisco Franco por su contribución a la victoria, para consolidar la organización dentro de la estructura del Movimiento Nacional y desviar hacia ella responsabilidades como la educación física de las escolares, el monopolio de la beneficencia pública y el Servicio Social de la Mujer, émulo del servicio militar de los hombres, mediante el cual las jóvenes debían prestar forzosamente sus servicios en instituciones sociosanitarias<sup>92</sup>.

La Sección Femenina también mejoró al resto de aparatos de encuadramiento de FET y de las JONS en el aleccionamiento de la población, ya que mediante las cátedras ambulantes de instrucción higiénica y sanitaria para mujeres –principal correa de transmisión de los valores falangistas a las tinerfeñas del medio rural–, el Frente de Juventudes y el Servicio Social, contribuyeron enormemente a formar no ya mujeres, sino madres al servicio de Dios, la patria y su familia (por ese orden) a partir del estereotipo femenino, heredado del tradicionalismo católico, de mujer circunscrita a la esfera privada y sometida al hombre. Todos los derechos civiles y progresos sociales que se lograron durante la Segunda República fueron demolidos por el nuevo Estado, con la consiguiente demonización de la mujer republicana, la roja, asociada a la inmoralidad<sup>93</sup>.

#### **4.3.2. La conquista de las masas: propaganda y simbología**

Al comenzar la Guerra Civil, FE y de las JONS no solo era el único de los grupos de apoyo a los sublevados que concebía la propaganda como una necesidad

---

<sup>91</sup> Ídem, p. 79.

<sup>92</sup> Payne, *op. cit.*, p. 204.

<sup>93</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 81.

política, sino que además contaba con una división específica para ese fin, razón por la que se atribuyó sin mucha oposición la portavocía de las consignas golpistas, presentadas durante los primeros meses de conflicto en un envoltorio totalitarista, inspirado en la estrategia de comunicación del Ministerio de Propaganda del Tercer Reich. En ese periodo, la maquinaria propagandística de Falange disfrutó de cierta libertad respecto a los dirigentes militares, centrados en el desarrollo del combate contra el Ejército Popular y casi obligados a ceder esa parcela a los únicos que podían asumirla<sup>94</sup>. Materializada la unificación, los falangistas continuaron controlando los medios de comunicación, aunque el totalitarismo necesario para la implantación del nacionalsindicalismo se vio mermado por el escepticismo hacia este del resto de fuerzas integradas en el Movimiento Nacional; tal y como sucediera en el ámbito económico y político, Falange hubo de reducir la radicalidad de sus propuestas en política de comunicación, al tiempo que se reafirmó en un intervencionismo informativo muy enfocado a silenciar toda visión disidente con el pensamiento franquista, convirtiéndose en una extensión de la represión. La misma ideología que apelaba al despertar de la conciencia de los españoles para llevar a cabo la revolución nacionalsindicalista, paradójicamente contribuyó a su despolitización, pues con la intensa difusión de un pensamiento franquista aún poco definido y, sobre todo, con la tendencia a insistir en las consecuencias terribles de no alinearse con él, se creó desde muy temprano una masa de población temerosa de exponer cualquier idea que no se ajustara por completo a la ideología oficial y a ser castigada o socialmente excluida por ello, posibilidad que llevó a los españoles a desentenderse de la política por el peligro que conllevaba<sup>95</sup>.

La búsqueda de la concienciación y movilización de la población tinerfeña en clave nacionalsindicalista gravitó en torno a dos ejes: en primer lugar, la identificación de un enemigo común, el cacique, como causa de todas las miserias de la clase trabajadora por su apego al poder y avaricia económica; en segundo término, la presentación de Falange como una fuerza amiga del pueblo, preocupada por su bienestar y por su defensa ante el poder caciquil, pero a la que lamentablemente le había tocado la ineludible tarea de ejecutar la represión, argumentando que la regeneración de la nueva España requería de la aniquilación de la vieja<sup>96</sup>. El problema es que la adopción de esta estrategia propagandística no tuvo su traslación en la vida cotidiana de los tinerfeños,

---

<sup>94</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 85.

<sup>95</sup> Sevillano Calero, *op. cit.*, pp. 153-155.

<sup>96</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 54.

quienes al mismo tiempo que eran invitados a confiar en el partido único, veían como las prácticas represivas no cesaban, produciendo desconfianza y miedo hacia una organización que, sin apenas arraigo en las islas antes de la guerra y en un panorama de pobreza y violencia generalizadas, no ofrecía ninguna muestra del buen gobierno que pregonaba<sup>97</sup>.

La cuestión de la españolidad de Canarias era otra de las fuentes de preocupación para los falangistas, dispuestos a cercenar incluso antes de que surgiera cualquier amenaza a la unidad nacional; las islas presentaban una serie de singularidades –condiciones geográficas, conexión cultural con Sudamérica por la migración, integración en los mercados europeos en detrimento del español–, que llevaron a la dictadura franquista a esforzarse en integrarlas mediante la autarquía económica, el centralismo político y la españolización cultural<sup>98</sup>. La exaltación de lo español incluyó la reprobación de lo extranjero y, en particular, de los británicos, enemigos de los aliados franquistas en la guerra mundial y señalados por la prensa falangista como conspiradores por la difusión de propaganda contra la dictadura y obstaculizadores de la labor del partido, debido a los lazos comerciales con la oligarquía caciquil. Otra vez se producía una disonancia entre las percepción social de Falange y las preferencias de la población, aliadófila no tanto por convicciones ideológicas, sino porque asociaban la participación extranjera en la vida política y social del archipiélago a la normalidad económica, en contraposición a la miseria de la posguerra, identificada con el giro autárquico. Por otra parte, el desembarco masivo de efectivos militares, funcionarios y gerifaltes del Movimiento procedentes de la Península, asociado a la imposición por la fuerza de un nuevo orden socioeconómico, generó un sentimiento cercano a la invasión en la población isleña, que empezaría a desarrollar cierta antipatía hacia lo peninsular y, en consecuencia, resistencia a la españolización<sup>99</sup>.

Los dirigentes de Falange se percataron de que, a pesar de las furibundas proclamas contra los intereses foráneos y los llamamientos a la unidad indisoluble de España, las singularidades canarias seguían persistiendo, así que partir de 1940 optaron por una vía alternativa. José Antonio Primo de Rivera había definido España como una “*unidad de destino en lo universal*”, de modo que no resultaba descabellado pensar que

---

<sup>97</sup> León Álvarez, *op. cit.*, p. 284-285.

<sup>98</sup> Guerra Palmero, *op. cit.*, 2007, p. 141.

<sup>99</sup> Ídem, p. 146.

los distintos pueblos de la nación llegaran a esa unidad de destino por caminos diversos, es decir, las señas culturales de cada región podían ser también las de España y, pasadas por el correspondiente filtro centralizador, habían de servir como elementos afianzadores de la identidad nacional. La visión amplia de la universalidad de destino llevó a Falange a promocionar a partir de la posguerra, a través de los medios de comunicación y de los puestos itinerantes de la Sección Femenina, la artesanía y el folclore vernáculo, la lucha canaria, los trajes típicos, etc., como teselas locales que formaban el gran mosaico de la esencia española<sup>100</sup>.

Falange no dejaba de ser un partido fascista y, como tal, contrapesó la ausencia de legitimidad democrática del régimen con la búsqueda de legitimidades alternativas de corte carismático; para ello, se convirtió en la gran tañedora de la simbología franquista, cuyo objetivo era ensalzar la figura del Caudillo y perpetuar el recuerdo de su victoria, marcar la apropiación simbólica de lugares y transmitir a la población una sensación de omnipresencia en los ámbitos privado y público, todo sobre las bases de la ideología falangista. La organización de manifestaciones populares de apoyo al régimen fueron una constante durante toda la dictadura, pero la etapa nacionalsindicalista fue la de las concentraciones para celebrar las victorias del Eje en la contienda mundial, los grandes desfiles de obreros del sindicato vertical o las solemnes conmemoraciones de la muerte de José Antonio<sup>101</sup>. Fue en este periodo donde la simbología franquista tomó el espacio público, con el águila de San Juan, las flechas y el yugo falangistas, las placas a los “caídos por Dios y por España” presidiendo cada delegación de la OSE, cada local del Auxilio Social, cada sede la Sección Femenina. Tenerife no fue ajeno a este bombardeo simbólico: las calles recibieron los nombres de los generales victoriosos, los muros de las iglesias se adornaron con relaciones esculpidas en piedra con los muertos franquistas en el frente, monumentos como el construido en la santacrucera Plaza de España se erigieron como altares de la cruzada nacional, etc. Todo ello, para dar forma a la construcción simbólica de un régimen en el que gran parte de la parafernalia visual del fascismo sobrevivió a la derrota de este en la guerra mundial, así como al periodo de preeminencia falangista en los gobiernos de la dictadura<sup>102</sup>.

---

<sup>100</sup> Ídem, p. 147-148.

<sup>101</sup> Ellwood, *op. cit.*, p. 131.

<sup>102</sup> León Álvarez, *op. cit.*, p. 294.

## 5. DISCUSIÓN

A la hora de analizar el fracaso en Tenerife del nacionalsindicalismo postulado primero por Falange Española, luego por FE y de las JONS y finalmente por la familia falangista del partido único del franquismo, se hace necesaria una perspectiva dual que permita ensamblar las causas endógenas de su hundimiento en la Isla –extrapolables al conjunto del Archipiélago– en el marco general del descalabro nacionalsindicalista a nivel estatal; de esta forma, hubo una serie de factores comunes a todas las ramificaciones del partido fascista en España que paulatinamente lo fueron condenando al ostracismo y otras más específicas del ámbito insular.

- La aplicación al contexto español de la ideología fascista contó con unas bases sociales muy minoritarias, como demuestra el paupérrimo bagaje electoral de Falange durante la Segunda República. Los grupos tradicionalmente dominantes de la sociedad española se sirvieron durante la mayor parte de la etapa republicana de la derecha parlamentaria para defender sus intereses económicos, políticos y sociales; ni ellos ni las clases medias más conservadoras sintieron la necesidad de recurrir a los procedimientos antidemocráticos hasta la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936, pues, hasta ese momento, la retórica revolucionaria y violenta de los falangistas había ahuyentado a sus potenciales electores, más cercanos a partidos menos radicales como la CEDA, los monárquicos o los tradicionalistas. Por otra parte, el populismo supuestamente liberador de la masa trabajadora nunca convenció al movimiento obrero por el fuerte componente antifascista de sus organizaciones y, sobre todo, por la buena predisposición de Primo de Rivera y sus milicias a la represión del proletariado, mostrada crudamente en la huelga revolucionaria de 1934.
- La ausencia de la revolución social que Ramiro Ledesma señalara como indispensable para la conquista del Estado hizo que Falange viera en la guerra civil una oportunidad para llevarla a cabo, sin percatarse de que la necesidad de una victoria bélica para implantar un Gobierno nacionalsindicalista evidenciaba su incapacidad para implementar el proceso de penetración sociopolítica que todo totalitarismo requiere y, por tanto, la inviabilidad de su proyecto a medio plazo. Ligar el futuro del nacionalsindicalismo al resultado de la contienda fue un error fatal, pues implicaba una dependencia perpetua de Falange al bando sublevado, esto es, a los militares. Por ello, después de que el partido fuera ideológicamente

mutilado tras el Decreto de Unificación, su corriente más revolucionaria fue progresivamente domada por el poder militar que personificaba Franco, sabedora de que su supervivencia pasaba por la subordinación al Generalísimo y a sus representantes provinciales, quienes instrumentalizaron el ideario falangista en función de sus intereses, desechando cada vez más elementos de su corpus doctrinal a medida que pasaba el tiempo y las circunstancias lo iban demandando.

- El Caudillo, antes que falangista era militar y ultracatólico, por eso se ocupó de restituir al Ejército y a la Iglesia a su posición hegemónica, ambos con cuantiosos apoyos sociales y recursos de los que el partido único carecía, por lo que siempre estuvo en situación de desventaja respecto a ambas instituciones. El resultado de esa desigualdad, incluso en los años de pujanza de Ramón Serrano Súñer como ministro de la Gobernación, fue un fascismo desvaído cuyos mecanismos totalitarios (encuadramiento, propaganda) no lograron crear una conciencia nacionalsindicalista en la sociedad por la desmovilización de esta y la identificación del partido con la represión del régimen, pero también por el contrapeso confesional y tradicionalista que los falangistas se vieron obligados a introducir en su modelo socializador ante el temor de entrar en conflicto con los conservadores católicos y los militares y perder así el favor del Dictador, quien una vez liquidada la oposición superviviente a la guerra, se convenció de que la revolución nacionalsindicalista no era necesaria, pues comprobó que podía gobernar autoritariamente sobre los españoles valiéndose de los mecanismos tradicionales de control social, aderezados con dosis calculadas de represión y adoctrinamiento cultural y educativo en clave nacionalcatólica.
- En el caso tinerfeño, la alternativa defendida por el sector revolucionario de FET y de las JONS requería de dos premisas: apoyo institucional y la aprobación de sus propuestas por una parte significativa de la sociedad; ni el uno ni la otra se dieron. El favor de los comandantes/capitanes generales a la oligarquía tradicional –restablecida en los cargos públicos– y el inmovilismo de la facción conservadora del partido único imposibilitaron reformas de calado y promovieron la revitalización de las redes clientelares, dejando vacío de contenido el aparato de encuadramiento diseñado por Falange. La población, por su parte, manifestaba una fuerte hostilidad al partido por su protagonismo como fuerza parapolicial en la represión, identificándolos como los verdugos de los caciques en la erradicación del movimiento obrero, lo cual hacía imposible el acercamiento a la clase trabajadora.

- Hubo otras circunstancias que imposibilitaron la conquista falangista de las masas tinerfeñas como, por ejemplo, la asociación de la extraordinaria carestía que se sufría con las políticas económicas y sociales del Movimiento. La miseria que rodeaba a la mayoría de tinerfeños se veía exacerbada por las corruptelas de las jerarquías del partido en diversas materias, sobre todo en las relacionadas con el aprovisionamiento de productos básicos y su posterior utilización en el abusivo mercado negro, del que sacaron provecho no pocos dirigentes falangistas; trabajos como los de A. León Álvarez y R. Guerra Palmero demuestran, en sus estudios de los boletines policiales y los partes de la Jefatura Provincial, como la corrupción de cargos públicos y jefarcas del partido no solo era algo público y notorio, sino que formaba parte de la cotidianeidad, siendo motivo de quejas infructuosas por parte de la población. Tampoco las constantes disputas internas ayudaron a mejorar el prestigio de Falange, pues estas no hacían sino evidenciar un interés desmedido por el acceso a mayores cotas de poder para satisfacer aspiraciones personales, en contradicción con la imagen pregonada por la prensa oficial de la camisa azul como símbolo de buen gobierno.
- La indiferencia o el recelo de las clases populares hacia FET y de las JONS empezó a ser compartido por parte del bloque dominante a partir de 1940. El nacionalismo económico de la autarquía chocaba con la apertura al exterior de agroexportadores y burguesía comercial y, especialmente los relacionados con intereses británicos, iniciaron un alejamiento de la política del régimen en materia económica que acabaría por conseguir el retorno con matices a los puertos francos tras el fin del Mando Económico (1946); el nacionalismo español y la retórica revolucionaria de los discursos falangistas tampoco agradaban a las clases altas de la sociedad tinerfeña, que al mismo tiempo que utilizaban la estructura del partido como trampolín, se distanciaban del ideario nacionalsindicalista.

Aunque resulte sorprendente, Franco salió airoso del proceso de descomposición del proyecto falangista, en gran medida porque este fue utilizado por el propio Caudillo como paraguas de la frustración popular ante la situación de catástrofe nacional; esa sensación se hizo más intensa conforme el Jefe del Estado se fue desprendiendo de elementos del partido, como se esforzó en evidenciar cesando a Serrano Súñer, deshaciéndose de ministros falangistas en las remodelaciones gubernamentales de 1942 y 1945 o eliminando progresivamente la parafernalia fascista del Estado, un proceso influido también por el devenir de la guerra mundial y la previsible derrota del Eje en

ella. La sociedad tinerfeña, como el conjunto de la española, exculpaba al Dictador de responsabilidades en sus problemas del día a día, identificado como culpables del desempleo, el estraperlo, los precios altos, etc., a los dirigentes locales, alcaldes y gobernadores civiles, reconocidos por su pertenencia a FET y de las JONS.

De todo lo dicho podría llegar a pensarse que la Falange realizada, al igual que la Falange ideada por Primo de Rivera, no pasó de ser un embrión, un proyecto frustrado de partido único de Estado fascista con una importancia residual en la dictadura franquista, pero ese sería un pensamiento erróneo. Es cierto que nunca se convirtió en el eje axial del nuevo Estado y que tampoco pudo llevar a la práctica su programa nacionalsindicalista; no se puede negar que tras el Decreto de Unificación fue desprovista de su núcleo ideológico para dar cobijo al resto de fuerzas políticas que apoyaban al bando rebelde, pero su existencia es un factor determinante y de indispensable estudio para comprender la pervivencia del régimen durante cuatro décadas y, por tanto, para entender la historia de España durante buena parte del siglo XX. Falange, sus milicias, su propaganda, facilitó la victoria sublevada en la Guerra Civil y tuvo un papel clave en la pacificación de la retaguardia en forma de represión, lo que en Tenerife, donde no hubo frente de guerra, se tradujo en la eliminación de la disidencia anarquista, obrera y socialista; proveyó también al Estado franquista de una ideología, el fascismo español o nacionalsindicalismo, que si bien no fue implantada por completo, aportó una serie de elementos estructuradores de la doctrina política del régimen que se mantendrían hasta su extinción: anticomunismo, antiparlamentarismo, corporativismo, jerarquización social, nacionalismo español, ultracatolicismo, etc., fueron conceptos apuntalados y/o reforzados por Falange entre la clase dirigente y parte de la sociedad española. La institucionalización del régimen creado a partir de 1939 se ha tratado someramente en este trabajo por trascender los límites del mismo, pero se trató de un proceso en el que la familia falangista tuvo gran importancia. No obstante, probablemente los servicios que Franco más agradeció a Falange, aparte de su utilización como escudo en los años de hambre de aislamiento y autarquía, fueron los que tienen que ver con el fortalecimiento de su figura y del régimen que encabezaba a través del control social y la construcción del consenso en torno a ellos mediante las organizaciones de asistencia social y encuadramiento y de la propaganda; por estos cauces, FET y de las JONS consiguió legitimar la dictadura mediante la evocación permanente a la victoria bélica sobre la anti-España republicana y, lo que es más

importante, facilitó que amplias capas de la sociedad aceptaran el franquismo con el paso del tiempo, bien por la indolencia política que se transmitió a las generaciones posteriores a la etapa nacionalsindicalista, bien por la mayor receptividad de unos españoles nacidos después de la autarquía y educados en la doctrina nacionalcatólica en la que derivó el fascismo español o nacionalsindicalismo.

## **6. CONCLUSIONES**

- A nivel organizativo, Falange Española en Tenerife fue un partido minoritario antes del estallido de la Guerra Civil. Desde sus inicios estuvo lastrado por la existencia de dos corrientes enfrentadas por hacerse con el dominio de la organización: una conservadora, identificada con los intereses de la burguesía agroexportadora y portuaria y otra radical o revolucionaria, integrada por nacionalsindicalistas de diversa procedencia. La división se agravó con la afiliación masiva que siguió al Decreto de Unificación, dando lugar a un partido desprestigiado ante la población, indisciplinado y poco cohesionado. Finalmente, la facción conservadora se opuso a la revolucionaria por su pacto con la autoridad militar y la oligarquía caciquil, así como por la caída en desgracia de los postulados falangistas a nivel estatal.
- El corpus doctrinal de la Falange “idealizada” solo se tradujo en políticas reales de forma parcial. En Tenerife, como en el resto de España, los únicos principios convertidos en medidas efectivas (autoritarismo, conservadurismo católico, españolización) fueron aquellos tolerados por la autoridad militar y los grupos tradicionales de poder, mientras que el programa socioeconómico solo conoció un breve periodo de aplicación entre los años 1938 y 1940, coincidiendo con la época de mayor peso de la familia falangista en el Estado franquista y con la presencia en el Gobierno Civil y la Jefatura Provincial de dos simpatizantes del sector revolucionario. Las nuevas medidas tuvieron un recorrido corto y los postulados nacionalsindicalistas se fueron desvaneciendo en un proceso acelerado por la instauración del Mando Económico de Canarias en 1941 y la oposición de la burguesía isleña, en conflicto con la política autárquica por atentar contra los mecanismos tradicionales de funcionamiento de la economía canaria.
- En cuanto al cumplimiento de la misión principal que el régimen encomendó a FET y de las JONS, esto es, el encuadramiento de la población, en Tenerife tuvo un

carácter más coercitivo que movilizador. El modelo sindical fracasó por la incapacidad de atraer a la clase trabajadora, por la oposición de la oligarquía caciquil a que sus redes clientelares fueran relegadas, por el rechazo del empresariado al intervencionismo de la OSE y por las reticencias del poder político respecto a la autonomía e ideologización del sindicato vertical; el resultado fue una organización desprovista de poder efectivo, inoperativa en la mediación laboral y tendente a la burocratización. Por su parte, las secciones y servicios de beneficencia estuvieron marcados por la precariedad económica, más teniendo en cuenta la magnitud de los objetivos marcados, por lo que las actividades eran escasas, poco efectivas desde el punto de vista del adoctrinamiento político y, además, tremendamente influenciadas por los poderes eclesiástico y militar; sin embargo, sí consiguieron afianzar en la población determinados valores que acabarían por sustentar la adopción por parte de la dictadura de la ideología nacionalcatólica. La propaganda falangista experimentó una pérdida de autonomía, en concordancia con la experimentada en el resto de España; se centró inicialmente en el discurso anticaciquil, para luego poner el foco en cuestiones como la creación del consenso en torno a la legitimidad del nuevo Estado, la demonización de los enemigos de la nación (anglófilos, comunistas, masones, etc.) y la españolización de los canarios.

- La revolución nacionalsindicalista nunca se produjo porque, aparte de lo mencionado en párrafos anteriores, el partido nunca consiguió atraer a las masas debido a la complicidad con el bloque tradicional de poder socioeconómico, la desmovilización de la población tras la Guerra Civil, las limitaciones impuestas al programa nacionalsindicalista por sus contrapesos dentro del régimen (Ejército, Iglesia católica, otras familias políticas), la mala imagen pública de los dirigentes falangistas (ambiciosos, corruptos, diletantes, etc.), el protagonismo falangista en la represión y la vinculación de la carestía autárquica con las políticas económicas del nacionalsindicalismo.

## BIBLIOGRAFÍA

Aguiar García, C. D. *La provincia de Santa Cruz de Tenerife entre dos dictaduras: Hambre y orden*. (Tesis doctoral). Barcelona: Universidad de Barcelona, 2012.

Aparicio, M. A. Sobre los comienzos del sindicalismo franquista, 1939-1945. En Fontana, J. (ed.) *España bajo el franquismo*. Valencia: Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, 1986, pp. 78-99.

Cabrera Acosta, M. A. *La II República en las Canarias occidentales*. El Hierro: Cabildo Insular de El Hierro, 1991.

Chueca Rodríguez, R. L. FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado. En Fontana, J. (ed.) *España bajo el franquismo*. Valencia: Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, 1986, pp. 60-77.

Ellwood, S. *Prietas las filas: Historia de Falange Española, 1933-1983*. Barcelona: Crítica, 1984.

González Vázquez, S. Falange Española en la provincia de Tenerife (1933-1939). En *III Coloquio de Historia Canario-Americana - VIII Congreso Internacional de Historia de America (AEA)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 2747-2770.

Guerra Palmero, R. A. *Autarquía y hecho diferencial canario (1936-1960)*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2005.

Guerra Palmero, R. A. *La Falange en Canarias (1936-1950)*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2007.

León Álvarez, A. Falange y la construcción del consenso en Canarias durante el primer franquismo. En Ruiz Carnicer, M. A. (coord.) *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, vol. 2. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 278-300.

Millares Cantero, S. y Alcaraz Abellán, J. El marco político e institucional (siglos XIX y XX). En Béthencourt Massieu (de), A. (ed.) *Historia de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995.

Moreno Fonseret, R. El régimen y la sociedad: Grupos de presión y concreción de intereses. *Ayer*, 1999, n.º 3: “El primer franquismo” (1936-1939), p. 87-114.

Payne, S. G. *Falange: historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985.

Sevillano Calero, F. Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo. *Ayer*, 1999, n.º 3: “El primer franquismo” (1936-1939), p. 147-166.

Thomàs i Andreu, J. M. La configuración del franquismo: El partido y las instituciones. *Ayer*, 1999, n.º 3: “El primer franquismo” (1936-1939), p. 41-64.